



# BRIGADA DE DETECTIVES

21464  
**Albert Rosbund**



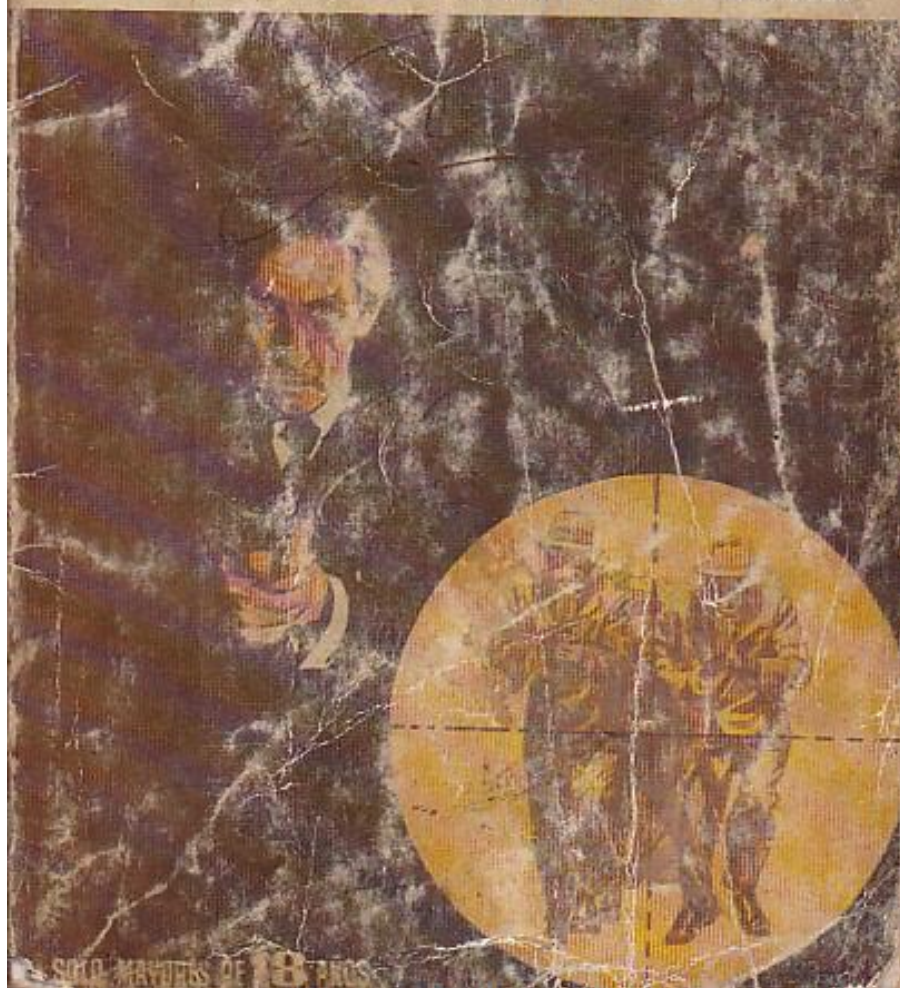
SIN MAYORES DE 18 AÑOS



# BRIGADA DE DETECTIVES

simba

Albert Rosbund



SOLD MAYNERS OF 18 PAGES

**ALBERT ROSMUND**

# BRIGADA DE DETECTIVES

Colección PUNTO ROJO n° 956

Publicación semanal

ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

En Colección BISONTE SERIE AZUL:

475 — Rural en peligro.

En Colección BUFALO SERIE AZUL:

426 — Amargo sabor de triunfo.

En Colección PUNTO ROJO:

953 — Las damas no mueren de noche. En Colección SERVICIO SECRETO: 1.560 — Porno muerte.

ISBN 84-02-02520-X Depósito legal: B. 19.895 - 1980

Impreso en España - Printed in Spain 1.a edición: agosto, 1980

© Albert Rosbund – 1980 texto

© Jorge Sempere – 1980 cubierta

Concedidos derechos exclusivos EDITORIAL BRUGUERA.

Barcelona

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S.A. Parets del Vallés (N-152, Km 21,650) Barcelona - 1980

## PROLOGO

El «Pontiac» color azul celeste dobló la esquina de Benson Street y aminoró la marcha. El conductor, con rostro grave, miró a ambos lados, tratando de encontrar un hueco libre donde estacionar el auto.

No se dio cuenta que otro coche se había parado en la esquina, con las luces apagadas.

La persona que conducía se quedó unos instantes en el interior, el tiempo que empleó en abrir la guantera, sacar una automática y comprobar su cargador. Luego, descendió cautelosamente del auto. Y con la misma prudencia, o más, avanzó por la acera, pegada a las paredes de los edificios.

El hombre del «Pontiac» ya había encontrado aparcamiento y acababa de hacer las maniobras pertinentes. Bajó del coche y comprobó que todas las puertas quedaban cerradas. Después, cruzó la calzada con la intención de dirigirse a su casa. Seguía con el semblante preocupado, tanto por el asunto que llevaba entre manos como por el extraño comportamiento últimamente de su esposa Doris.

Pero más se preocupó al ver a la mujer que brotaba de entre las sombras, corriendo hacia él.

—¿Qué hace aquí? —le espetó.

La mujer se aferró a su brazo y dijo, asustada:

—Necesito su ayuda.

—¡Está loca!

—Usted me metió en esto y ahora tiene que sacarme. ¡He sido descubierta! ¡Mi vida no vale un centavo!

—¡Aquí no podemos hablar!

—Vayamos a su casa.

—¡Desvaría! ¡Mi esposa...!

—¡Tiene que ayudarme!

La singular escena se vio cortada inesperadamente por el sonido de los disparos.

Fueron tres, consecutivos, procedentes del mismo arma. El hombre agrandó los ojos, exhalando unos gemidos, mientras la mujer gritaba:

—¡Son ellos!

Y aterrorizada, echó a correr en dirección opuesta a la pistola asesina.

CAPITULO PRIMERO

Helen Tracy vivía unas fechas felices. El día anterior había sido el aniversario de su boda.

Veinticinco años de matrimonio. Por tanto, bodas de plata. Algo inolvidable para una mujer sencilla y romántica como ella.

Pero no había podido celebrarlo como quisiera. Al menos en su totalidad. Bien cierto es que organizó una fiesta por todo lo alto, invitando a familias, amigos y algunos compa-

ñeros de trabajo de su esposo. Todo se prolongó largamente, y cuando Donald y ella estuvieron solos, eran las cuatro de la madrugada y se encontraban rendidos.

Ahora sería distinto, pensó sonriente y feliz. Sería una cena íntima entre los dos, sin nadie que los alborotara. Y después...

—¿Y los chicos? —preguntó Donald Tracy, mientras se quitaba el gabán.

—Edna se fue a estudiar con una amiga. Jack asiste a un recital de jazz.

—Oh. ¿Y Emy?

—A la doncella le he dado libre.

—Así que estamos solos...

Ella asistió, acercándosele a él.

—Hum. Esto me huele a trampa.

—¿Cómo lo has adivinado? —le echó los brazos al cuello, aproximándole los labios.

—Mi olfato de sabueso.

Rieron y luego se besaron.

—¡Oh. el asado! —recordó ella, separándose y corriendo hacia la cocina.

Donald Tracy era un hombre de cincuenta y dos años, alto y corpulento. Poseía un rostro de facciones angulosas, con unos ojos oscuros, penetrantes.

Observó que las velas de la mesa no habían sido encendidas y procedió a ello. Luego se ocupó de apagar la araña central del comedor y sólo dejó la luz de la pantallita situada junto al tresillo.

—Perfecto —dijo ella, apareciendo con una bandeja de plata sobre la que todavía humeaba el asado.

Mientras servía, le preguntó por su trabajo aquel día. Era algo casi rutinario.

—Como siempre. Ya sabes, en mi profesión siempre hay problemas. Nunca se acaban.

—Lo sé, pero espero que esta noche sea únicamente para nosotros dos —brillaron los ojos de la mujer.

—Así será, querida —la palmeó, afectuoso, él.

—Tomaron asiento, frente a frente. Y cenaron casi en silencio, intercambiando de vez en cuando miradas. Finalmente brindaron con sendas copas de champaña.

—Estás muy hermosa —dijo él. Después, besándola en el hombro desnudo. El vestido era una especie de túnica azul que envolvía magníficamente su cuerpo y se sostenía gracias al espléndido broche de diamantes que unía los dos cabos a la altura de su otro hombro.

La mano de él, precisamente, se posó sobre el broche.

—Espera, impaciente —musitó ella—. Primero he de retirar todo esto.

—Está bien —aceptó—. Entretanto pondré en orden mis papeles. En seguida me reúno contigo.

Otro beso. Luego, él se alejó hacia su despacho, llevando consigo su maletín.

Helen Tracy retiró la mesa en un santiamén, mientras soñaba con veinticinco años atrás. ¡Veinticinco años! ¡Qué de prisa corría el tiempo! Parecía ayer...

Terminó la faena y corrió hacia el dormitorio. No quería que Donald se presentara y estuviera todavía vestida así.

Primero se descalzó y luego se quitó el valioso broche. El vestido cayó al instante al suelo, dejándola en ropa interior. Depositó cuidadosamente el broche sobre el tocador y después procedió a

aligerar su cuerpo del resto de las prendas. Desnuda, procedió a aligerar su cuerpo del resto de las prendas. Desnuda, se contempló durante unos segundos en el espejo del armario.

Helen Tracy era una mujer alta, morena y delgada. Seguía manteniendo a pesar de sus cincuenta años de edad, su exquisita figura de modelo, profesión que ejercía antes de casarse con el ahora su esposo, y su buen estado físico lo atribuía siempre a las clases de yoga que practicaba inexcusablemente todos los días. Alzó los brazos, dejando ver unas axilas minuciosamente afeitadas, y se soltó los cabellos. Una hermosa mata de pelo negro cayó sobre su espalda, enmarcando antes un rostro ovalado donde con la ayuda del maquillaje había podido disimular las inevitables arrugas de su edad. Sus curvas seguían siendo atractivas, y todavía continuaban despertando el deseo de su marido. Era feliz.

Tenía el mejor marido del mundo, dos hijos adorables y todas las comodidades que nunca antes tuvo, durante su infancia y juventud. Habían sido veinticinco años estupendos y esperaba que los próximos fueran mejores, o al menos iguales.

Tomó, de un cajón del armario un vaporoso salto de cama rosado, y se lo colocó.

Pareció que flotara en una nube rosa. Se encontró más excitante.

Como Donald no aparecía, pensó en ir a llamarle, pero entonces se abrió la puerta y su marido entró en el dormitorio con una ancha sonrisa en sus labios.

Ella se le echó de inmediato al cuello. Se besaron intensamente. y las manos de él comenzaron a recorrer sabiamente el cuerpo de la mujer. Instintivamente, ambos se arrastraron hasta el lecho, sin separarse, y allí cayeron.

—Donald...

—¿Si?

—Te quiero...

El desveló su cuerpo y comenzó a besarlo, arrancándole gemiditos de placer. Ella empezó a convulsionarse, y justo entonces sonó el teléfono.

Los dos se paralizaron al instante. Ambos miraron hacia el supletorio

que descansaba sobre una de las mesitas de noche. El timbre seguía sonando.

Helga Tracy se aferró a su marido, presintiendo lo que podía significar la llamada.

El alargó una mano y descolgó el auricular.

—Tracy al habla —dijo. Luego, únicamente se limitó a escuchar.

Cuando colgó, la miró con los labios apretados. Ella comprendió, aflojando su abrazo.

—¿Qué ha sucedido esta vez? —preguntó.

—Han matado a Latimer —respondió él con voz enronquecida, evidentemente consternado.

—¡Bill Latimer!

—Sí. Asesinato.

—Pobre hombre... Es increíble —se llevó ella una mano a la frente—. Si anoche mismo estaba aquí con su esposa, con todos nosotros, en la fiesta...

—Así es la vida —se encogió él de hombros.

—¿Se sabe quién ha sido?

—Por ahora, no. Lo siento, Helen, pero tengo que ir allí.

—Sí, claro.

Había asentido lentamente, con resignación, como tantas otras veces. No había otra salida más que aceptarlo, por mucho que le pesara.

Donald Tracy acabó de ajustarse las ropas y salió en silencio del dormitorio. Más tarde sacaba el coche del garaje particular de su finca y se alejaba hacia el lugar del crimen.

Entretanto, su esposa se revolvía furiosa contra la almohada, pensando amargamente que nunca iba a poder escapar de su destino: ser la mujer de un policía.

## CAPITULO II

La mujer lloraba desconsoladamente, atendida por un par de vecinos. Un cuerpo yacía sobre el suelo, tapado por una manta sin poder evitar ésta que se viera el reguero de sangre que corría hacia el bordillo de la acera al estar levemente inclinada la calzada. Las luces de un coche patrulla lanzaban destellos azules hacia todos lados. De vez en cuando, mezclados con el llanto de la mujer, se oían golpes de ventanas al abrirse. La curiosidad, a pesar de la hora avanzada, iba en aumento.

De pronto, el ruido del motor de un auto alertó a todos los que componían tan singular escena. Apareció un «Ford Mustang». El conductor aparcó de mala manera y descendió impetuosamente. La mujer, al verle entre sus lágrimas, exclamó:

—¡Clive!

El hombre no tendría más allá de los treinta años de edad, era alto, moreno, de fuerte complexión. Sus ojos claros, que contrastaban grandemente con la tez bronceada de su pétreo rostro, fueron rápidamente del cadáver cubierto por la manta a la mujer.

Ella llegó hasta él y se abrazó impulsivamente, sin dejar de llorar.

—¡Oh, Clive!

Los dos patrulleros que montaban guardia se acercaron a la pareja estrechamente unida. Uno de ellos, de pelo rizado y facciones caballunas, miró fijamente al recién llegado.

—Cálmate, Doris —dijo, separándola un poco de sí para extraer su identificación—. Soy Clive Marvin, detective de primer grado. Precinto Quince.

El patrullero dio una cabezada de asentimiento.

—Pertenecía a la misma División de Detectives que este hombre. Era mi superior.

Ella terció, sorbiendo sus propias lágrimas.

—Clive.... ¿llamaste al capitán?

—Nada más colgarte. Debe estar en camino.

El detective Marvin volvió su mirada al patrullero de pelo rizado.

—¿Qué saben? —preguntó.

—Bueno, no mucho. Nosotros recibimos un aviso de la Central. Al parecer uno de los vecinos telefoneó tras escuchar los disparos. Vinimos acá rápidamente y nos encontramos el cuadro. La señora y esos señores ya estaban junto al cadáver. Ella dijo ser la esposa. Por él..., nada se podía hacer. Entonces dimos los avisos pertinentes: Brigada de Homicidios del Departamento Central, ambulancia, todo eso...

—Ya. ¿Han averiguado algo?

—No hemos hecho indagaciones, salvo en las personas aquí presentes. Todos se asomaron tras sonar los disparos. Todos coinciden en que fueron tres, pero nadie vio nada.

—Está bien.

El patrullero se retiró unos pasos junto con su compañero. Doris Latimer miró al detective:

—¿Por qué, Clive?

—No lo sé, pequeña —dijo, haciendo rechinar los dientes—. ¡No lo sé, maldita sea!

Primero llegaron los de la ambulancia, los cuales tuvieron que quedarse esperando con los brazos cruzados, hasta la aparición de los de la Brigada de Homicidios del Departamento Central, que vivieron prácticamente al mismo tiempo que el juez.

Los de Homicidios eran dos, un sargento detective y un detective de tercer grado con más sueño que otra cosa. Ambos se mostraron cordiales, hablaron con los allí presentes y tomaron las primeras notas.

Llegó entonces el forense, un sujeto bajito, carirredondo, que fue directamente a lo suyo, es decir, echarle un primer vistazo al cuerpo y confirmar su muerte.

—Tres tiros mortales de necesidad —fue su dictamen, que no levantó ningún aplauso.

—Ahí viene el capitán —señaló Marvin.

En efecto. Donald Tracy, capitán de detectives del Precinto Quince, detuvo su auto y descendió. Caminó con paso rápido hasta el grupo, deteniéndose un instante junto al ca-dáver. Levantó la manta y luego

prosiguió su andadura.

Primeramente saludó a la mujer, dándole el pésame. Después se presentó a sus colegas de Homicidios. Seguidamente recibió las explicaciones pertinentes sobre el suceso.

—¿Se lo van a quedar ustedes?

El sargento se encogió de hombros.

—Esto, casualmente, ha ocurrido dentro de mi zona. Por las especiales características que concurren, me gustaría que lo llevara mi división.

—Supongo que no habrá inconveniente.

—Marvin, acompañe a la señora Latimer a su casa y quédese con ella el resto de la noche. Aquí nada puede hacer, salvo torturarse. Ustedes son viejos amigos, hay confianza, no se sentirá tan sola.

—Sí, señor.

El capitán Tracy volvió a encarar al sargento:

—Creo que se podían hacer algunas indagaciones ahora, en caliente —propuso.

—De acuerdo.

Media hora más tarde ya no quedaba allí nadie y parecía que nada había ocurrido. La calle volvía a estar vacía y silenciosa. Después de dar una pequeña batida, todos, los patrulleros, los de Homicidios y el capitán Tracy, se reunieron en Zimbalest Square.

Los patrulleros sacaron de su coche a un sujeto vestido andrajosamente, mal afeitado y que olía a alcohol que tumbaba de espaldas.

—Este es Bobby, señor. Le conocemos de sobra. Muchas veces le hemos llevado a dormir la mona al calabozo.

—¿Y?

—Dice que oyó los truenos, pero que donde él se encontraba no llovió...

—¡Menudo borracho! —exclamó despectivo el sargento—. ¿Para qué pierden el tiempo con un tipo como él?

—También dice que una mujer que corría muy asustada tropezó con él.

—¡Un sueño! —siguió despreciando el sargento—. ¡Bah!

—Podría ser interesante —aguzó la mirada el capitán Tracy—. Dígame, amigo, ¿qué mujer vio?

### CAPITULO III

—¡Evans!

La llamada salió a través de la puerta entreabierta del despacho del capitán.

Un hombre se puso en pie pesadamente. Era un sujeto grandullón, de buena estatura, con treinta y siete años sobre sus espaldas y un rostro de boxeador fracasado. Al parecer, había practicado este deporte durante su juventud.

Entró en el despacho.

—Tome asiento, Evans —dijo el capitán Tracy sin levantar la vista de los papeles que tenía ante sí.

George Evans, sargento detective del Precinto Quince, obedeció. Durante unos segundos aguardó expectante, el tiempo que tardó Donald Tracy en abandonar los papeles. El capitán se quitó las gafas de montura de carey que usaba para la lectura y le preguntó:

—¿Cómo va el embarazo de su mujer?

—Anoche le dieron los dolores, muy fuertes, y la llevé al hospital. Pero no era el momento. De todas formas, el doctor consideró que lo mejor es que quedara interna. Hoy o mañana...

—Ya. Me interesa saber si va a disponer de tiempo...

—Por supuesto, capitán. Ahora ya es cosa de mi mujer —sonrió.

El capitán Donald Tracy no participó de su sonrisa y dijo con cierta sequedad:

—Se trata del caso Latimer.

—Oh.

—Definitivamente, lo vamos a llevar nosotros. Así me lo acaban de confirmar desde el Departamento Central.

—Es lo mejor.

El capitán le miró fijamente.

—¿Está usted dispuesto a hacerse cargo del asunto?

—Si usted lo quiere... —dijo tímidamente George Evans, aunque en su fondo interior henchido de deseo.

—Lo que quiero es alguien dispuesto a resolverlo a satisfacción. y rápidamente.

—Sí, señor. Lo haré.

—Con plena dedicación.

—Sí, señor.

—Está bien —empujó hacia adelante los papeles que antes leía—. Suyo es. Tome la gente que precise.

—Marvin y Brackett están libres. Marvin era buen amigo de los Latimer, tengo entendido que... que fue novio de ella, ¿no?

—Hum. Eso se dice. Puede servir para el caso, pero también puede resultar un...

estorbo.

—Entiendo.

—De todas formas, utilícelo. Marvin es un buen detective, con aplomo y sangre fría.

—Sí, señor. El que realmente me preocupaba es Brackett. No se tome muy en serio su trabajo.

—Tenga paciencia con él. Es joven.

—Teniéndolo a mis órdenes en este asunto, espero meterlo en cintura. No puede ser que sean las diez de la mañana y todavía no se haya reportado...

—Se le habrán pegado las sábanas...

Lo que se le había pegado a John Brackett, un mocetón de veinticinco años de edad, rubio y de rostro granujiento, fuerte y musculoso, detective de tercer grado del Precinto Quince, era una mujer pelirroja, muy hermosa y excitante, que se aferraba a él ardientemente.

Los dos mantenían una enconada lucha amorosa, sin darse por vencidos. De pronto, el teléfono sirvió de campana para interrumpir el asalto.

John Brackett descolgó, jadeando:

—¿Sí?

—¡Brackett! —ladró la voz de George Evans—. ¡Le estamos esperando!

—¡Sargento! —dijo un brinco en la cama, mirando hacia el reloj que había sobre la mesita de noche.

—Hay trabajo, Brackett. Anoche asesinaron al teniente Latimer. Venga inmediatamente.

¡Es una orden!

—Sí, señor.

Colgó desmayadamente. Ya ni las caricias que le prodigaba la mujer le hacían efecto.

—¿Qué pasa, cariño? —preguntó ella, al observar esto—. ¿Algo grave?

—Tengo que estar en el Precinto.

—¡Oh, no! —se dejó caer sobre él, restregándole su pletórico cuerpo.

John Brackett la apartó con cierta brusquedad y saltó de la cama.

—¡Cariño! —protestó ella.

—Lo siento, nena. Han asesinado a un compañero.

La mujer arqueó una ceja, quedándose pensativa mientras él acudía al lavabo.

—¿Casado? —le preguntó, curiosa, cuando regresó al dormitorio.

—Sí —le contestó él al tiempo que se vestía apresuradamente—. Ya hay otra viuda como tú.

Ella gateó por la cama, aproximándose a él. Brackett acababa de sentarse en un borde para proceder a calzarse. La mujer se abrazó a su amplio tórax, escondiendo su rostro en el cuello de él.

—No me hagas recordar aquello —dijo, con voz enronquecida—. Es algo que quiero olvidar.

Brackett giró el rostro y dijo: —Discúlpame.

Luego le dio un fugaz beso en los labios y se levantó. La mujer quedó desplomada sobre el lecho. Sólo alzó un poco el rostro para preguntar:

—¿Cuál era su nombre?

—¿Cómo?

—El nombre del que han matado. Tal vez le conociera...

—Seguro que sí. Bill Latimer. Teniente de detectives William Latimer. Adiós, nena —

tomó su chaqueta, caminando hacia la puerta—. Cuida de la casa. No te olvides de apagar las luces, de dejar los grifos cerrados...

Ella no le prestó atención a las últimas palabras. Hondamente impresionada, musitó:

—Latimer...

#### CAPITULO IV

—Ya era hora, Brackett.

—Lo lamento —hizo una mueca. Seguidamente se dejó caer en una silla yladeó la cabeza para saludar a Marvin—. ¿Qué tal, Clive?

-Hola.

George Evans cerró la puerta del cubículo de cristal. Fuera de él, la sala de detectives hervía llena de animación.

—Nos han asignado el caso Latimer —dijo el sargento, andando de un lado a otro, como una fiera enjaulada—. El jefe quiere una rápida y eficaz solución. Así que hay que trabajar duro.

Brackett carraspeó y dijo:

—Yo no sé nada.

El sargento le miró hoscamente. A duras penas, le puso en antecedentes, agregando al final:

—La única pista que tenemos es la chica que vio el borracho aquel...

—Si no fue una imaginación suya —objetó Marvin.

—Es posible. Pero es lo único que tenemos y a ello vamos a agarrarnos, por el momento.

—Una chica rubia, joven, escultural, de ojos azules, nariz pequeña y una peca sobre el labio superior... —recitó Brackett—. Hum. Eso es un sueño.

—Deje las gracias para otro momento, Brackett.

—Okay.

El sargento extrajo unos papeles de la carpeta beige que tenía sobre la mesa.

—Este es el asunto que llevaba entre manos Latimer —les pasó los papeles, que no eran otros que los que consultaba anteriormente el capitán Tracy—. El gang de protección que asola al distrito.

—¿No trabajaba en ello nadie más? —preguntó Brackett.

—Ya saben cómo era Latimer: solitario y huraño. Lo llevaba personalmente.

—¿Cree que eso puede tener algo que ver con su muerte? —inquirió Marvin.

—A lo mejor. Tal vez descubrió algo, fue demasiado lejos en sus investigaciones...

—Lo reportaría.

—Aquí no hay nada, desgraciadamente —apretó los labios el sargento, fastidiado—.

Sus anotaciones se cierran el día anterior a su muerte. No desvelan mucho. Al parecer, seguía investigando y vigilando a los dueños de determinados negocios. También había hablado con algunos soplones. El silencio era ley. Hasta ahora el miedo era más poderoso.

—Pues tras la muerte de Latimer las cosas serán más difíciles. La gente cobrará más temor.

—Sí, lo sé. Marvin —dio una cabezada de asentimiento Evans, deteniendo sus pasos para sentarse sobre una esquina de la mesa—. Muchos pensarán que el asesinato tiene que ver con sus investigaciones y cerrarán la boca a cal y canto.

—¿Qué sugiere? —sonrió Brackett—. ¿Vamos con un hacha?

—¡Basta! —gritó Evans, fulminándole con la mirada.

—Lo siento, sargento. Pensé que era un buen chiste.

—Usted, Brackett, se encargará de los establecimientos públicos —le espetó Evans—, Vigile, pregunte, meta la nariz. A ver si con sus chistes consigue averiguar algo.

—Seguro.

—Usted, Marvin, repase de nuevo la lista de soplones que hablaron con Latimer. Tal vez alguno sepa algo más de los ahí expuesto.

—Sí, señor.

—¿Y usted, sargento? —preguntó Brackett.

—Yo me ocuparé de esa misteriosa chica.

—¡Diablos! ¡Siempre escoge lo mejor!

El sargento detective Evans abrió la boca, pero luego se lo pensó mejor y la cerró, tragando aire. Sus ojos, iracundos, lo dijeron todo. Cuando se sintió más calmado, farfulló:

—Eso es todo. ¡Lárguense!,

Los dos detectives se pusieron en pie. Primero salió John Brackett. Cuando Marvin fue a hacerlo, el sargento pareció acordarse de algo:

—¡Ah, Marvin!

Clive giró el rostro para encararle.

—¿Sí?

—Pásese a ver a la viuda de Latimer. Usted tiene amistad con ella.

Ahora, con más serenidad, tal vez recuerde algún detalle de sus conversaciones con su marido.

—De acuerdo.

Clíve Marvin salió definitivamente del cubículo de cristal. Brackett le guiñó un ojo de despedida al sargento. Evans cerró de un portazo.

—Te la vas a ganar. John —le advirtió su compañero, camino de la salida.

—Ese tipo siempre me ha caído gordo.

—Es un superior.

—Es un cretino.

—Lleva cuidado con él. Le conozco desde hace mucho más tiempo que tú. Es mal enemigo.

—Le desprecio. Todo lo hace por dar coba al capitán y ascender. Ni siquiera tiene vocación. Un día que hacíamos una vigilancia cerca de una verdulería, me comentó entre pitillo y pitillo que si allí le ofrecieran puesto y mejor soldada, allí estaría. ¡Bah!

El sargento Evans, para ese entonces, ya había descolgado su teléfono, marcando a continuación un número. Una voz femenina cantó:

—Maternidad.

—Con la habitación 215, por favor.

Se oyeron un par de «clics» y luego otra voz femenina, ésta muy conocida para él.

—Soy George, nena.

—Hola, querido.

—¿Cómo estás?

—Incómoda. Mal. El niño se está poniendo tonto...

El rió.

—Aguanta, cariño. El doctor dijo que es cuestión de horas, un día a lo sumo...

—¿A ti cómo te va?

—Estupendo. La plaza de teniente ha quedado vacante. Creo que daré el salto.

## CAPITULO V

Clive Marvin se presentó en los billares ubicados en la esquina de Prince y 9th Street. Allí debía encontrarse a Rufus Morgan, un tipo que se dedicaba a las apuestas y que

«soplaba» a la poli a cambio de inmunidad en su negocio. Dado su oficio, trataba a mucho sujeto importante dentro de los bajos fondos de la ciudad y solía estar bien informado, por lo que convenía tenerlo suelto.

Rufus Morgan era un hombre bajito y encorvado, de aspecto repulsivo. Lo encontró encaramado a un taburete, bebiendo una espumeante jarra de cerveza.

Clive Marvin se sentó junto a él y pidió un whisky con soda. Lo bebió pausadamente y luego pagó, dándole como sin querer un codazo. Seguidamente echó a andar hacia los servicios. Poco después aparecía Rufus Morgan por allí, Los dos se colaron en uno de los retretes, cerrando por dentro.

—¿Qué pasa? —preguntó el soplón.

—Supongo que ya sabrás la noticia.

—¿Latimer?

—Ajá. ¿Qué sabes?

—No ha habido tiempo —se excusó, encogiéndose de hombros—. Lo lamento.

—Pero él habló contigo, ¿no?

Rufus Morgan vaciló.

—Estabas en su lista.

—Bueno, sí —admitió por fin.

—Por lo del gang de protección, ¿no?

Asintió con la cabeza.

—¿Qué le contaste?

—No mucho. Hay un gran silencio al respecto. La gente está muy atemorizada. Esos fulanos actúan sobre seguro. Le confirmé que los «accidentes» del almacén de Dorian, el bar de Ferguson y la boutique Lesbos no habían sido tales. Como la paliza que recibió el dueño de la hamburguesería de la Edwin Street no había sido obra de unos gamberros callejeros.

—Pero ¿y la gente que hace eso?

—No se sabe. Nadie se atreve a señalarlos. Yo le di todos esos nombres para que hablara con ellos, no sé si consiguió algo.

—¿Y tú qué sabes de esos fulanos?

—Nada. Ni quiero meter las narices. El me lo pidió y me negué en redondo. Tengo mujer y dos niñas. Y además también le tengo aprecio a mi pellejo.

—¿Eso es todo?

—Si sé algo sobre su muerte, se lo comunicaré. Le llamaré al Precinto.

—Está bien.

Clive Marvin entreabrió la puerta, comprobó que no había nadie y salió. El otro lo hizo unos minutos más tarde.

El siguiente de la lista era Clint Monroe, un tipo que trabajaba como *barman* en un antro repleto de gentuza, en pleno corazón de Donhan Street, la peor calle del distrito, refugio de toda laya de delincuentes.

Pero no estaba allí. Había muerto un hermano en San Francisco y hacia California se había marchado.

Decidió entonces pasarse a ver a Doris Latimer, pues le cogía de camino hacia su siguiente entrevista.

—Oh, tú, Clive. Pasa, pasa.

El hombre entró, siguiendo a la recién viuda hasta el *living*.

—Me disponía a tomar algo, aunque no tengo muchas ganas —le comentó—. ¿Has almorzado?

—No.

—¿Quieres acompañarme?

—Bueno.

—¿Sopa y huevos revueltos?

—Es igual.

La acompañó hasta la cocina. Allí, sobre la mesa, ella ya se había preparado lo suyo.

Rápidamente, se dispuso a calentar el resto de sopa que le había sobrado y que tenía en un puchero. Clive Marvin había tomado asiento en una silla y tabaleaba con los dedos sobre la mesa.

—He venido porque tengo el deber de hacerte unas preguntas referentes a Bill —dijo de pronto.

—Ya.

—Si no quieres, sabes que conmigo hay confianza. Lo dejaré para otro momento.

Ella había abierto la nevera para sacar unos huevos.

—No. Ahora.

—Supongo que durante las horas que has estado sola esta mañana habrás pensado en muchas cosas.

—Sí —dijo, rompiendo la cáscara de uno de los huevos.

—He de confesarte que tenemos muy poco con lo que empezar. Quisiéramos saber si tú recuerdas algo de interés, durante tus conversaciones con él.

En aquellos instantes ella servía la sopa en un plato, gracias a un cazo. La mano le tembló ligeramente al responder:

—No sé qué puedo decirte.

—Algo.

Doris Latimer llegó hasta él con el plato de sopa humeante. Clive Marvin retiró sus manos y ella lo depositó sobre la mesa. La mujer le

miró al decir:

—Bill era muy introvertido, sobre todo con su trabajo, tú lo sabes. Apenas hablaba de él.

—Sí, es cierto —tuvo que reconocer Clive Marvin—. Ni siquiera con sus compañeros.

—Lo único que puedo decirte con seguridad es que últimamente se mostraba más preocupado y reconcentrado que nunca.

—Pero ¿te hizo algún comentario?

—No.

Ella se retiró para buscarle un cubierto. Luego se preocupó de terminar de preparar los huevos revueltos. Cuando se sentó frente a él, su sopa ya estaba bastante fría. pero no le importó.

—Me gustaría que hicieras un esfuerzo —dijo Clive.

—Lo intentaré.

—Gracias.

Durante el resto de la comida, ya apenas hablaron. Al finalizar, preguntó él:

—¿Puedo ver sus cosas?

La pregunta la debió coger un poco de sorpresa, porque vaciló.

—Bueno..., sí.

Doris le acompañó primeramente al despacho, pero por más que miraron en el armario, en los cajones de la mesa escritorio, en un par de pequeños archivadores metálicos que allí tenía.... no encontraron nada de interés. La correspondencia que repasaron era solamente comercial, compras que había hecho recientemente, facturas cobradas por Banco...

Luego pasaron al dormitorio. Allí aún había menos que mirar. Sólo registrar sus ropas por si llevara encima alguna de ellas algo interesante. Pero el resultado fue tan infructuoso como antes.

Por último, Clive Marvin le echó un vistazo a la mesita de noche, situada entre las dos camas, común para ambos. No encontró nada,

pero sí se fijó en el libro que descansaba sobre la mesita de noche, sobre todo en la punta de algo que asomaba. Llevado por la curiosidad, tomó el libro —*El factor humano*, de Graham Greene—, y lo entreabrió.

Entonces comprobó que se trataba de una fotografía que se había usado como recordatorio del lugar por donde iba el lector.

Sus facciones se crisparon un instante al reconocer a la pareja retratada en un mirador, con el mar azul a sus espaldas. Eran Doris y él. Los dos con las manos enlazadas, sonrientes, felices.

Otros tiempos. Muy lejanos ya. Que creía olvidados y que de pronto...

Ella se aproximó al hombre, asomando su cabeza por encima de un hombro de él. La voz de Clive Marvin le llegó ronca, seca, como un latigazo:

—No sabía que guardaras estas cosas.

—Siempre me gustó esa foto.

El giró el rostro, encarándola. Su mirada hacía daño. Como cuatro años atrás, cuando lo dejó plantado.

—¿Por qué?

—Tal vez... —cerró los ojos—. Tal vez porque nunca estuve segura.

## CAPITULO VI

Otro hombre de la lista era Bang Bang Jim, un ex traficante de armas que ahora andaba con la ayuda de unas muletas y pedía limosna en la esquina de Lowery y 14th Street, junto a los almacenes Yuri's. Era un lugar populoso, de mucho tráfico peatonal. Con lo que recogía, el minusválido se largaba a un bar, donde se reunía con viejos amigos y se emborrachaba. Así un día tras otro. Conocía a buena parte de la escoria del hampa de la ciudad, por su anterior vida.

Cuando Clive Marvin llegó junto a él, el sombrero ya estaba bastante repleto de monedas y billetes:

—Hola, Jim.

El otro, al reconocerle, compuso un gesto hosco.

—¿Qué busca?

Clive Marvin sacó su cajetilla de cigarrillos y le ofreció. Bang Bang no aceptó.

—Han matado a Latimer —dijo Clive, encendiendo un pitillo—. ¿No lo sabías?

—No..., no...

Dos señoras se detuvieron ante ellos, y una se dedicó a rebuscar en su bolso. Los dos guardaron silencio hasta que la señora encontró unas monedas y las depositó en el sombrero. Les dedicaron una sonrisa y continuaron camino.

—Muerto, ¿por quién? —preguntó Jim.

—Es una incógnita. Al parecer, él habló contigo. Estás en su lista. ¿Qué le dijiste?

—Apenas le pude ayudar. Le interesaba el *gang* de protección. Hay un silencio y un temor totales.

—Eso parece.

—Por otro lado, no lo debe llevar gente de la vieja escuela. Son los que yo conozco. Ya se lo expliqué así al teniente. Se dio por satisfecho y ya no me molestó más.

—¿Eso es todo?

—Se lo juro. Sé que han pasado cosas, cosas raras, ya me entiende, pero no conozco nombres. Por cierto...

—¿Qué?

—Ese día Latimer tuvo un tropiezo muy gracioso.

Una anciana se detuvo para echar una dádiva y nuevamente hicieron un alto en la conversación. La señora no sólo se contentó con eso sino que le preguntó:

—Seguro que fue en el Vietnam, ¿verdad, buen hombre?

Bang Bang hizo una mueca que no comprometiera a nada.

—¡Debían colgar a todos los que promocionan las guerras! —exclamó la anciana, para luego seguir su camino, directo hacia los almacenes.

—¡Mierda de vieja! —rezongó entonces Jim.

—Olvida eso y cuéntame lo de Latimer.

—Estábamos allí, en el Flamingo. Usted ya lo conoce, es un lugar donde nadie espera encontrar a una persona decente. Una chica se le acercó a Latimer queriéndole vender un sobrecito de heroína. Ella no sabía que era un poli. Fue de risa. Tras la sorpresa, Latimer se la llevó para el Precinto.

—Ya —musitó, extrañado, Clive Marvin. Recordaba perfectamente que en el *dossier* no

figuraba para nada la detención de una vendedora callejera de droga —, ¿Cómo era ella?

¿La recuerdas?

—Vaya que sí. Tenía cara de ingenua y debía ser una novata en el negocio, pues yo apenas la había visto por allí. Era rubia, de ojos azules, con una peca sobre el labio superior...

—¡Con una peca sobre el labio superior! —exclamó Clive Marvin, comprendiendo. Se trataba de la misma chica descrita por el borracho —, ¡Dame el nombre!

—No lo sé; ya le he dicho que no la conocía. No llegué a tratar con ella.

Clive Marvin dejó caer la colilla al suelo y la pisó. Seguidamente se marchó sin despedirse, pensando únicamente en la posible pista que había encontrado. Poco después entraba en el Flamingo.

Este era un lupanar de cuidado. Se hallaba entre un cine de tercera categoría y un establecimiento dedicado a la venta de productos higiénicos. A aquellas horas de la media tarde comenzaba a caldearse el ambiente.

Clive Marvin decidió no identificarse y actuar como si fuera un drogadicto ansioso de comprar su ración. Todo era cuestión de que nadie le reconociera.

Contactó con unos cuantos camareros y clientes, contando su historia: su proveedora era una chica rubia, de ojos azules, con una peca sobre el labio superior..., pero no la veía por ningún lado. ¿Alguien sabía de ella? Era un asunto urgente, se encontraba muy mal, temía estallar de

un momento a otro.

—Esa es Susan Lansing —le dijo por fin uno de los camareros—. Hace tiempo que no viene por aquí.

—¿Y qué sabes de ella?

—Sólo que pertenecía al clan de Tony Vargas.

—¿Quién es ése?

—Un portorriqueño que se dedica a traficar con cualquier clase de mercancía.

—¿Dónde lo puedo encontrar?

—Tengo entendido que se encuentra fuera de la ciudad, realizando un negocio. Mira, aquél puede darte lo que quieres —le señaló un joven melenudo, vestido con ropas vaqueras bastante ajadas y sucias. Se encontraba acodado en la barra, bebiendo calmosamente un combinado—. Se dedica a lo mismo que Susan...

Clive Marvin le dio las gracias y se encaminó hacia el melenudo.

—Hola —saludó al llegar junto a él.

El joven ladeó la cabeza para mirarle. Poseía un rostro huesudo, algo cadavérico.

—¿Qué hay?

—Necesito una dosis —habló por lo bajo, como si temiera que alguien más fuera a escucharle—. Es urgente.

—Hummm...

El melenudo le observó detenidamente, como calibrando hasta qué punto podía ser de confianza.

—Susan Lansing era mi proveedora —agregó Clive Marvin, adivinando sus pensamientos—, pero hace tiempo que no aparece. Me han dicho que tú puedes proporcionarme lo que quiero.

—Ahora no llevo nada encima. ¿Qué te parece dentro de media hora en la puerta del

cine?

Clive Marvin estuvo de acuerdo. El joven pagó su consumición y fue a marcharse.

—Por cierto —le tomó del brazo el policía, deteniéndole—, ¿tú sabes qué ha sido de Susan? Yo le tenía mucho cariño...

—Sí —rió el joven—. Ella era muy afectuosa. La llegué a conocer algo...

—¿Y dónde está?

—Ni idea. —De pronto, dio la espantada.

—No te entiendo.

—Se hizo humo. Desapareció.

—Oh.

—Lo siento, amigo. Hasta luego.

—Eh, espera —le aferró con más fuerza—. Por favor, eso me interesa. Yo... yo quiero a esa chica..., estoy enamorado de ella..., me gustaría conocer su paradero...

Clive Marvin hacía verdaderos esfuerzos por aparentar ser un hombre un poco estúpido y desequilibrado, fruto del vicio de la droga.

—¿Sabes dónde vivía? —preguntó con cierto aire desesperado.

—No. Pero te lo puede decir Ada.

—¿Quién es?

—Una amiga suya. Trabaja como una chica de alterne en el Dorian, tres manzanas más abajo.

—Gracias.

—De nada, amigo —se libró por fin de la mano de Clive Marvin—. Dentro de media hora en la puerta del cine. No te olvides, ¿eh? El tío Gilbert te traerá tu ración y ya verás cómo te encuentras mucho mejor y olvidas a Susan. Hasta luego.

Clive Marvin se quedó junto a la barra, sólo unos instantes, hasta que el melenudo salió del local. Entonces se dirigió hacia el teléfono público, colocó una moneda en la ranura y llamó al Precinto. Solicitó

la colaboración de un par de detectives para atrapar a un vendedor de droga. Dentro de media hora el tío Gilbert se iba a llevar una gran sorpresa.

Abandonó el Flamingo y se encaminó hacia el Dorian. La calle había cobrado gran animación, se veía a mucho hombre y las pocas mujeres no podían disimular su condición.

El Dorian no le tenía nada que envidiar al Flamingo, salvo que aquí había más chicas.

Ada resultó ser una trigueña de abundantes pechos y mirada descarada. Cuando Clive Marvin la localizó, se encontraba acompañada por un gordinflón vestido con un traje a rayas. El tipo apenas se sostenía, estaba completamente mareada gracias a la enorme cantidad de whisky ingerido. Por fin estrelló las narices contra la tabla de la mesa.

La trigueña batió palmas y un par de empleados acudieron al momento, tomaron por los sobacos al gordinflón y se lo llevaron por un pasillo interior camino de la puerta trasera que daba a una calleja. Allí quedaría tirado.

Clive Marvin se apresuró a ocupar la silla vacante y ella le dedicó una sonrisa.

—¿Qué vamos a beber, encanto?

—Yo sólo quiero a Susan.

La mujer arqueó una ceja, mirándole fijamente, muy sorprendida por aquella extraña respuesta.

—¿Susan?

Clive Marvin, metido ya en su papel de hombre obsesionado por la rubia Susan Lansing, miró a uno y otro lado, se frotó las manos nerviosamente y le contó la «tragedia de su vida» y la necesidad que tenía de ver a su adorada.

La otra no se ablandó, por supuesto.

—Yo no soy una agencia matrimonial, encanto. Parece mentira que un tipo con una planta como la tuya, ande por ahí de este modo...

—¡Por favor!

—Mira, puedo ayudarte, pero sólo por dinero.

Los ojos de Clive Marvin brillaron como los de un loco.

—De acuerdo.

—¿Cuánto estás dispuesto a pagar?

—Cincuenta dólares.

Ella sonrió y dijo:

—Cien.

—¡Eso es demasiado! —protestó el policía.

—Adiós, romántico. Tengo faena.

—¡Cien! —aceptó Clive Marvin, sacando unos billetes.

Ella los tomó y curioseó, para después guardárselos en su amplio escote.

—Ve al 215 de Gantry Street. Es mi casa. Allí la encontrarás, toda para ti. Suerte —le guiñó un ojo.

—Gracias, gracias...

Clive Marvin salió del local un tanto sorprendido de lo rápido y sencillo que se había desarrollado todo. Pensó en el sargento Evans. Seguro que le había ganado la mano.

Gantry Street era una perpendicular a la calle donde se encontraba ahora, tres manzanas más abajo. El 215 correspondía a un edificio de ocho pisos, de vieja construcción. Su fachada pedía a gritos una restauración.

Nada más entró en el portal, tropezó con dos personas que salían precipitadamente.

## CAPITULO VII

Después del tropezón y pedir disculpas, Clive Marvin, gracias a que continuó ante ellos sin dejarles paso involuntariamente, se fijó con detenimiento en ambos: un hombre y una mujer, sobre todo en ella. Era rubia, joven, de ojos azules... ¡y con una peca sobre el labio superior!

El tipo que la acompañaba era un hombre de una edad semejante a la de Clive Marvin, bastante corpulento, con cara de malas pulgas. Tenía cogida a la mujer por un brazo, fuertemente, mientras la otra mano permanecía oculta en un bolsillo de su gabardina. El rostro de la rubia expresaba cierto temor y sorpresa, y Clive Marvin pensó en seguida qué podía significar aquello.

—Por favor... —dijo el hombre.

Clive Marvin no se retiró.

—¿Es usted Susan Lansing?

La pregunta les dejó paralizados por distintas razones. Ella fue a decir algo, pero el tipo la atajó.

—No moleste y siga su camino. ¡Vamos!

Tiró de la joven, dispuesto a dar un rodeo para salvar el obstáculo que significaba Clive Marvin.

—¡Quietos ahí! ¡Quiero hablar con esta mujer!

El tipo le miró duramente.

—¿Quién es usted?

—Policía.

Todo sucedió entonces a una gran velocidad. El tipo sacó la mano que llevaba escondida en la gabardina y mostró una navaja cuyo resorte disparó una brillante y afilada hoja de acero. Crispado el rostro, intentó pinchar a Clive Marvin, sin soltar en ningún momento a la chica.

Pero el policía fue más rápido y con el canto de la mano derecha le dio en la muñeca armada. La navaja cayó al suelo, y Marvin la alejó de una patada. El otro rugió fieramente y se abalanzó sobre él, para evitar que le conminara con la pistola a la que iba a recurrir.

Esto propició que la joven lograra librarse de la garra que la tenía inmóvil, y no se lo pensó mucho. Tan sólo dudó un instante, observando el cuerpo a cuerpo de los dos hombres en el vestíbulo del edificio, ambos peleando por el dominio de la pistola que ya empuñaba Clive Marvin. La rubia se mordió el labio superior y luego dio media vuelta y salió corriendo de allí, alejándose.

Clive Marvin, entretanto, se las veía y deseaba para detener al tipo, cuyas manos, como zarpas, habían caído sobre su brazo armado, intentando forzarlo para que soltara la pistola. Llegó un momento en que no pudo soportar más el dolor, casi iba a romperselo, y tuvo que ceder. El otro soltó un chillido de júbilo, y seguidamente sus puños se movieron a una gran velocidad, endiabladamente, buscando puntos vitales de la anatomía del policía, demostrando que tenía algún conocimiento del arte del pugilismo.

Logró arrinconar a Clive Marvin, quien se defendía como podía, contraatacando cuando se presentaba la oportunidad, en raras ocasiones. La cabeza comenzaba a darle vueltas y

sentía arcadas. Por fin consiguió colocarle un patadón en el bajo vientre y se lo quitó de encima.

El tipo salió trastabillando hacia atrás, ahogando una maldición. Sus fieros ojos se clavaron entonces en la pistola que yacía en el suelo, a una yarda escasa de él. Se lanzó sobre ella como un poseso.

Clive Marvin actuó también rápidamente. Supo que era imposible que llegara a tiempo, estaba demasiado lejos, todas las ventajas las tenía el otro para atrapar la pistola y coserle a balazos. Por eso se dejó caer al suelo y alargó el brazo para tomar la navaja que se encontraba cerca de él.

Fue un curioso y singular cambio de armas. El tipo logró hacer un disparo cuando ya la hoja de acero volaba hacia su cuello, con un silbido mortal. La bala se estrelló contra la pared, tras haber pasado peligrosamente por encima de la cabeza de Clive Marvin.

Cuando el otro quiso rectificar el tiro, ya era demasiado tarde. La navaja había llegado a su destino. Soltó un horrible grito y se vino abajo como un pesado fardo, dejando escapar por su cuello un abundante chorro de sangre.

Clive Marvin se levantó con lentitud, todavía no recuperado de los golpes. El disparo lo habían escuchado muchos transeúntes, los cuales se asomaron tímidamente al portal.

Sacudiendo la cabeza, el policía salió a la calle. Ya no había rastro de la muchacha rubia.

Fastidiado, volvió al interior ante la curiosidad de los presentes y registró al muerto. Más problemas. Iba indocumentado.

Algunos vecinos habían bajado por la escalera.

—¿Le conocen? —preguntó Clive Marvin, tomando su pistola.

Los dos hombres y la mujer negaron con la cabeza, visiblemente impresionados.

Seguidamente les dio una descripción de la muchacha rubia y tampoco sabían nada. Eso sí, la puerta doce correspondía a la vivienda de una tal Ada Colter, de bastante mala fama.

Clive Marvin solicitó un teléfono y llamó al Precinto para que se hicieran cargo. No tardaron mucho en aparecer por allí unos patrulleros y entonces Clive Marvin pudo marcharse.

La tarde ya declinaba cuando entró de nuevo en el Dorian. Tenía que aclarar unos puntos con la tal Ada.

Al ver su estado general, la mujer se alarmó:

—¿Qué clase de trampa era aquélla, encanto? —les espetó, tomándola por un brazo y llevándola hacia el pasillo que conducía a los reservados.

Ella estaba tan asombrada que fue incapaz de reaccionar, dejándose arrastrar.

—¿Qué... qué dices? —balbució, una vez estuvieron a cubierto de las miradas indiscretas de los clientes.

—A Susan se la llevaba un tipo..., el cual me dejó la cara como la ves.

—Oh, bueno, dijo que era amigo, que quería verla para proponerle un asunto. Yo se lo envié.

—Podías habérmelo dicho.

—No me lo preguntaste, ni creí que fuera a suceder eso. ¿Por qué te pegó?

—Porque quise evitar que raptara a Susan. Primero intentó pincharme con una navaja.

Luego me golpeó con sus puños y por último quiso agujerearme la cabeza con un balazo.

¿Has conocido alguna vez alguien más caritativo?

—Yo...

—Me parece, nena, que estás metida en un feo asunto.

—Yo... yo no sé nada —acabó lo que iba a decir antes—. Te lo juro.

—Más vale que digas todo lo que sabes.

—Pero ¿quién eres?

—Policía.

—¡No!

Ella retrocedió espantada, tropezando su espalda con la pared.

—Susan vino... vino a mí para esconderse... Al parecer tenía miedo de algo.

—¡Gran amiga!

—Hoy día el dinero es primero. Y además, yo no quiero problemas con nadie.

—Entonces, ¿por qué aceptaste darle cobijo?

—Pensaba ganar unos cientos con ella.

—¿Cómo?

—Guardándosela a Tony.

—¿Tony Vargas?

—Sí.

—¿Por qué?

—El decía que tenía una cuenta pendiente con ella y que daría bastante por cogerla.

¿Crees que yo sabía que ese tipo pensaba raptarla? Por cincuenta dólares que me ofreció, no iba a perder el pellizco de Tony...

—¿Qué clase de cuenta pendiente tiene Vargas con ella?

—No lo sé.

—¿Por dónde anda ese Vargas?

—Fuera de la ciudad, con sus negocios...

—¿Drogas?

—No sé nada...

Clive Marvin le sacudió un bofetón.

—Nena, no olvido cómo las he pasado por tu culpa.

—Se dedica al contrabando, lo mismo drogas que joyas, alimentos que tabaco... De todo.

—Bien. Ya hablaré con él. Procura no irte de la lengua. Este, asunto es peligroso, ya ha muerto un policía..., puedes quemarte en cualquier momento.

—No hablaré —prometió ella.

—Espero que cumplas —dijo Clive Marvin—. ¿No sabes adónde puede haber ido ahora Susan?

Se encogió de hombros.

—¿Dónde vive?

—En el 25 de Elmer Street. Pero cuando no fue allí en un principio...

—¿Qué otras amistades tenía?

—Íntimas, ninguna. Ella se había escapado de casa, allá en un pueblo de Nevada. Al parecer estuvo trabajando como chica de alterne en Las Vegas. Pero tuvo problemas con la ley y se vino para acá. Tony Vargas la fichó para la venta callejera de drogas y también como prostituta. Yo tenía bastante amistad con ella porque solíamos ir juntas a las

«fies-  
tas» que nos preparaba Tony.

—Está bien —asintió Clive Marvin. Le hizo una seña de despedida y continuó camino por el pasillo para salir del lugar por la puerta posterior.

Las primeras sombras de la noche ya envolvían la ciudad. La jornada de trabajo —ocho horas— ya tocaba a su fin. Un policía es como otro

cualquier trabajador. Al día siguiente continuaría con la investigación. Por tanto, Clive Marvin regresó al Precinto para reportar.

El sargento Evans no se encontraba de buen humor, dándole cuenta al capitán Tracy de su fracaso en la búsqueda de la chica rubia. La conversación se animó un poco con la aparición de Clive Marvin y sus noticias.

—Una pena que se escapara —apretó los labios el capitán, fastidiado.

—Hay que identificar al muerto —dictaminó Evans.

—¿Y Brackett? —preguntó Marvin.

—Ya estuvo aquí dando cuenta.

—¿Consiguió algo?

## CAPITULO VIII

John Brackett llegó echando pestes a casa de su amiguita. Ella le recibió con los brazos abiertos y una sonrisa.

—¿Qué hay, cariño?

—¡Diablos de día! ¡Tengo el cuerpo molido!

Se dejó caer sobre una butaca y ella no tardó en acudir a su lado, sentándose encima de sus rodillas.

—Se mostró como una gatita mimosa.

—Ethel, por favor...

—¿No te gusta?

—¡Estoy hecho polvo!

—Anda, ven y te daré masaje.

Se puso en pie y le arrastró hasta el dormitorio. Rápidamente, con una picara sonrisa, le desnudó y le obligó a echarse encima de la cama. Ella gateó hasta colocarse sobre él, a horcajadas. Le gustaba aquel cuerpo joven y musculoso, fuerte. Sus manos corrieron por él sinuosamente, simulando unos masajes.

De todas formas, John Brackett se sintió en la gloria. Poco a poco se

fue relajando.

—¿Tan mal te fue. cariño? —le preguntó ella.

—¡De pena! He visitado un montón de establecimientos públicos. Y nadie sabe nada. A algunos les han destrozado el local o la cara, pero nadie sabe nada. Nadie dice nada. La ley del silencio es total.

—Pero ¿y lo de Latimer?

—De ello se trata.

—No lo entiendo.

—Latimer estaba trabajando en el asunto del *gang* de protección que está asolando el distrito quince. Es decir, hay una panda que se dedica a asustar a los propietarios para que les pasen un tanto al mes a cambio de que no les suceda nada a sus negocios.

—Sí, sí...

—Pensamos que tal vez su muerte tenga que ver con ello.

—Oh.

—Otra pista es una chica rubia que vieron huir del lugar del crimen, pero todavía no ha aparecido.

—Difícil caso entonces, ¿no?

—Eso parece, de momento.

Ethel Talbot detuvo sus «masajes» y procedió a quitarse la bata de seda que envolvía su cuerpo. Luego se dejó caer sobre el hombre, continuando los masajes con su propio cuerpo. El gruñó:

—¡Cuerno!

—¿Te gusta, querido?

—Eres una diablesa.

—Por cierto, ¿cómo está Doris Latimer? Habré sido un duro golpe para ella...

—Sí. ¿La conoces?

—La recuerdo del trágico momento que viví, cuando lo de Mike. Se portó bien conmigo.

He de llamarla o hacerle una visita. ¿Cómo se lo ha tomado?

—No la he visto. Supongo que mal... y con resignación. ¿Qué se puede hacer en casos así?

—Tiene razón.

—¿Y Latimer: qué opinión te merecía?

—Sólo le conocí un poco, como a todos los de la Brigada. Cuando más os traté fue tras la muerte de Mike, ya que tuvisteis la deferencia durante los primeros meses de turnaros para que nunca faltaran flores frescas en la tumba de mi marido y compañero vuestro.

—No es de extrañar. Mike era muy querido en la Brigada, incluso en el Precinto. A todos afectó hondamente lo que le sucedió.

—Oh. dejemos ese tema —rechazó ella, deteniendo sus movimientos.

—¿Tienes miedo?

—Me pone nerviosa recordarlo.

—Son cosas desagradables, desde luego, pero que pasan y a las que se le puede volver la cara. Todos estamos expuestos a que unos gamberros nos cojan y nos den una paliza.

Pero lo que le pasó a Mike...

—¡Basta, John! —le arañó, clavándole las uñas en los hombros.

—Está bien, mujer.

No. no era nada agradable recordar el caso de Mike Talbot. detective de primer grado de la Brigada de Detectives del Precinto Quince. A consecuencia de una paliza que le propinaron unos maleantes anónimos, tuvo que ser intervenido quirúrgicamente, y de resultas de la operación quedó incapacitado quirúrgicamente, y de resultas de la operación quedó incapacitado sexualmente. Aquello minó su arrolladora personalidad: le convirtió en un hombre amargado, con frecuentes depresiones... a las que una noche puso fin, borracho perdido, al salirse de una curva y estrellarse con el coche.

La identificación del muerto fue rápida y positiva. A la mañana siguiente el capitán Tracy y el sargento Evans la tenían sobre la mesa del despacho del primero.

—«Ben Lowell. Treinta años, nacido en Los Angeles, ejerció como boxeador unos años, pero lo dejó porque no era ninguna gran cosa —leyó el sargento Evans—, Pasó entonces a trabajar a las órdenes de Rocco Loomis, un conocido manager de dudosa reputación. El clan de Loomis se vio envuelto en varios sucios asuntos relacionados con tongos y se di-solvió. Actualmente se dedica a preparar a algunos chicos que asisten al gimnasio de Edward Malone.»

—Tenemos algunas referencias de ese Malone —dijo el capitán Tracy—. Es un sujeto de cuidado.

—Le conozco. Estuvo involucrado en el caso de aquel muchacho que murió en el ring.

James Parker, que al parecer no aceptó el soborno, pero no se le pudo probar nada. Yo le visitaré ahora, tras el entierro.

Se refería al entierro de Bill Latimer, que se celebró en el cementerio Sur, en completa intimidad. En todo momento, la viuda, enlutada y acongojada, buscó el apoyo de Clive Marvin para no perder la serenidad en aquellos difíciles instantes. Después, el sargento George Evans, tras impartir órdenes a sus subordinados, se trasladó hasta el gimnasio de Edward Malone. Era un local amplio, con olor a sudor y linimento. Había bastante gente, joven en su mayor parte.

aprovechando las distintas instalaciones: el pequeño ring, las espalderas, las pesas, el saco, las paralelas...

La entrada de George Evans llamó en seguida la atención de los allí presentes. Algunos le conocían, dejaron sus quehaceres y cuchichearon a los otros su nombre.

El sargento se dirigió a uno de ellos, el cual se encontraba arriba en el ring haciéndole aire con una toalla a un muchacho de dieciocho años que parecía ahogarse.

—No te lo tomes tan en serio, Buck —le decía al contrincante que se hallaba bailando ante ellos—. Esta no es la pelea por el título mundial.

—Hola, Frank —le saludó el sargento.

El llamado Frank no cesó de mover la toalla.

—¿Qué hay sargento?

—Preparando a los chicos, ¿eh?

—Hay que ganarse la vida.

—Seguro —asintió el sargento, no muy convencido de que ésa fuera la forma de ganarse la vida que le gustara a Frank Gordon. Le conocía de antaño, de cuando arreglaba combates entre principiantes incluso, con tal de sacar unos buenos dividendos en las apuestas—. ¿Y Malone?

—En su despacho. Por el pasillo de ahí enfrente, al fondo.

—Gracias.

George Evans se alejó, volviendo todo el mundo a su ritmo normal. Cuando llegó ante la puerta rotulada con la palabra DIRECCION, golpeó en ella con los nudillos. Una voz le invitó de inmediato a pasar.

El dueño del gimnasio era un hombre enjuto y moreno, de unos cuarenta años, vestido muy pulcramente. La expresión de su rostro aguileño cambió al momento, nada más reconocer al visitante.

—¡Vaya, sargento Evans, qué sorpresa! —exclamó. Pero en realidad no lo era tanta. Ya había tenido noticia de la muerte de Lowell y esperaba algo así—. Porque supongo que sigue siendo sargento, ¿no? —sonrió.

—Sí.

—Fue una lástima que yo no pudiera servirle de catapulta, ¿eh?

—No he venido a hablar de eso, Malone.

—Oh, muy bien. Siéntese.

George Evans ocupó una de las dos butacas que había ante la mesa escritorio.

—¿Cómo usted por aquí, entonces? —preguntó Malone, entrelazando los dedos de sus manos.

—No se haga el idiota.

Edward Malone no perdió la sonrisa.

—¿Lowell?

—Veo que lo sabe.

—Un amigo me lo comunicó. Extraño chico, ese Lowell —meneó la cabeza de un lado a otro—. Nunca le entendí bien.

—Precisamente he venido a saber cuánto lo entendía.

—Ya le he dicho que no mucho.

—¿De verdad?

—¿Por qué voy a mentirle? Sé que con policías astutos como usted no se puede jugar.

—Vayamos al grano, Malone —echó el cuello hacia adelante el sargento, sus ojos mirando de forma agresiva—. ¿Qué sabía de Lowell?

El otro no perdió su apostura.

—Ben Lowell era un sujeto hosco, poco sociable y muy violento. Le tenía conmigo porque me daba lástima, nadie le quería ayudar.

—¡Eso es un cuento de hadas! —se enfureció Evans.

—Únicamente me he limitado a contarle lo que sabía de él. Lowell cumplía con su trabajo y no tenía queja.

—¿No se hallaba metido en nada... peligroso?

—Que yo sepa, no.

—Hay una chica por medio —le dio la descripción y el nombre—. ¿La conoce?

Edward Malone ni parpadeó. Dijo, muy seguro:

—Es la primera vez que oigo hablar de ella.

—¿Está seguro?

—Sí.

—Entonces, ¿por qué su hombre se interesó por ella, pagó para conocer su dirección y se le llevaba a la fuerza? ¡Vamos, conteste!

La mirada del sargento taladraba. Por primera vez el dueño del

gimnasio se removió un poco inquieto.

—¡Yo qué sé! —elevó la voz—. ¡No me meto en la vida particular de mis empleados!

¡Son libres de hacer lo que quieran fuera del trabajo!

—Humm...

—Posiblemente Lowell estuviera encaprichado de ella y la quisiera obtener a la fuerza...

—Tiene usted mucha imaginación, Malone.

—Puede creérselo o no, pero no tengo otra respuesta.

—¿Sabe que esa chica está implicada en el asesinato del teniente Latimer?

El dueño del gimnasio enmudeció.

—Lleve mucho cuidado, Malone —el sargento esbozó una fiera sonrisa.

Se hizo un tenso silencio, durante el cual los dos hombres se desafiaron con la mirada.

—No sé nada de esa muerte, ni de esa chica, ni de los actos de Ben Lowell —dijo por fin Edward Malone, con voz enronquecida.

—Muy bien. ¿Qué amistades tenía Lowell fuera del trabajo?

—Ni idea. Ya le he dicho que no me metía en ello. No insista más.

—De acuerdo —inspiró fuertemente el sargento—. ¿Puedo preguntar a los de fuera?

—Desde luego. Pero discúlpeme que no le acompañe, tengo mucho trabajo.

—Mejor —dijo George Evans, levantándose.

El dueño del gimnasio no se movió del sitio hasta que le vio desaparecer por la puerta.

Entonces, encendió un cigarrillo y fumó nerviosamente.

Entretanto. George Evans interrogó a todos los que se encontraban en el gimnasio sin ningún resultado positivo. Algunos, incluso, se mostraron reacios a contestarle. Finalmente se marchó del gimnasio echando pestes.

Nada más verle salir. Frank Gordon abandonó el ring y se encaminó al despacho de su jefe. No hizo falta que dijera nada. Edward Malone le miró fijamente y habió:

—¡Hay que encontrar cuanto antes a esa chica... —estrujó la colilla en el cenicero, rabiosamente—, y matarla!

## CAPITULO X

Tras dejar a Doris en su casa, Clive Marvin se encaminó hacia la dirección facilitada por Ada, la singular amiga de Susan Lansing.

Elmer Street era más bien una calleja, sucia y maloliente. Unos cuantos niños correteaban por ella jugando a policías y ladrones. Clive Marvin detuvo su coche frente al número veinticinco.

Era un edificio de cinco pisos que amenazaba con derrumbarse. Una mujer tendía ropa asomada a un balcón del primer piso sin importarle mojar a los que pudieran pasar por abajo.

Clive Marvin entró en el portal de un salto. No había nadie allí, así que optó por salir y mirar hacia arriba, procurando situarse fuera del alcance de las gotas de agua. La mujer le dirigió una mirada burlona.

—¡Oiga! ¿Aquí vive Susan Lansing?

—Sí, la chica esa rubia... Pero no está. Hace tiempo que no viene por aquí. El casero está mosqueado.

—¿Sabe algo de ella?

—Sólo que un tipo vino por aquí un par de veces el otro día preguntando por ella.

—¿Cómo era ese hombre?

La descripción que le facilitó coincidió exactamente con la de Ben Lowell. Estaba claro.

—¿Y no sabe dónde puede estar?

—Eso mismo me preguntó ese tipo. ¡Yo qué sé! ¡Ya tengo bastante con

preocuparme del borracho de mi marido!

Clive Marvin apretó los labios, contrariado, y luego se decidió a entrar de nuevo en el edificio. En esta ocasión subió hasta el piso de Susan Lansing. Con la ayuda de una tarjeta de plástico consiguió abrir la puerta sin ninguna dificultad. Y pudo comprobar que ya alguien se le había adelantado. Todo el apartamento aparecía revuelto, como si una horda salvaje hubiera pasado por allí. Pensó en Lowell, seguro de no equivocarse. Desde luego, por más que miró, no encontró nada de interés.

Cuando salió a la calle, la mujer ya había desaparecido del balcón, pero el radioteléfono del coche sonaba insistentemente.

—¿Qué hay?

—Un tipo llamado Rufus Morgan quiere hablar con usted, Marvin —le informó el de la centralita.

Había dejado un número telefónico. Poco después, Clive Marvin entraba en comunicación con él.

—Rufus, soy Marvin, ¿qué noticias tienes?

—Se trata de Latimer.

—¿Has sabido algo sobre el crimen?

—No. Pero un amigo le vio merodeando sospechosamente por el motel Eldorado, a las afueras de la ciudad, en la carretera de la costa.

—Lo conozco. ¿Qué hacía allí?

—No lo sabe. Pero le resultó extraño que no le hiciera caso, a pesar de que se vieron cara a cara. Tenga en cuenta que mi amigo está buscado por asalto, y Latimer lo sabía y le

conocía. En cambio, se hizo el loco, como si no le conociera, y le dejó escapar. Al parecer no quería llamar la atención allí, es lo que comenta mi amigo. No le digo el nombre por razones obvias —soltó una risita.

—Está bien. Gracias.

Clive Marvin puso en marcha el coche y se dirigió hacia el extrarradio. Poco después tomaba Virginia Road, una bien asfaltada carretera pegada al mar. La mañana era agradable, con un sol luminoso.

El motel se encontraba enclavado junto a una gasolinera, al salir de una cerrada curva.

Era un lugar apacible, solitario, con una hermosa vista al mar, tranquilo y azul al otro lado de la carretera.

No había muchos coches en la playa de estacionamiento. El negocio no debía ser muy boyante aquellas fechas.,

Clive Marvin preguntó por el director o encargado. Resultó ser una mujer madura, alta y con una excelente presencia. Era rubia platino y vestía ropas de sport con las que preten-día aparecer más joven.

Tras identificarse, el policía le mostró la foto de Bill Latimer y le explicó lo que quería.

—Pues... no sé. Viene tanta gente por aquí...

Salieron del despacho y fueron preguntando a los distintos empleados.

—Yo lo recuerdo —dijo uno de ellos, un tipo flacucho, de mirada avispada—. Estuvo en un par de ocasiones. Me fijé en él por la chica.

—¿Qué chica? —inquirió, interesado.

—Una joven de muy buen ver que se alojaba aquí.

—¿Cómo era?

—Rubia, de ojos azules, muy atractiva...

—¡Oh, sí, yo también la recuerdo! —exclamó otro, delgado y pecoso.

—¿Cuál era su nombre?

—Estará anotado.

Rápidamente consultaron el libro de registro. Había dado su auténtico nombre: Susan Lansing, ocupando la cabaña número doce del veinte al veintitrés del corriente, justo el día de la muerte de Bill Latimer.

—Pero con quien más se vio y estuvo durante esos días —añadió el de mirada avispada— fue con un joven alto y moreno, de largos cabellos negros, vestido con ropas vaqueras.

—¿Su nombre?

—Ni idea. Venía a reunirse aquí con ella. Algún lío, seguro. El otro, en cambio, sólo estuvo un par de veces, y muy poco tiempo.

—Pero hay otra cosa curiosa, señor detective —agregó el empleado pecos—, y es por lo que yo la recuerdo.

—¿Qué?

—Una mujer estuvo aquí y se interesó por ella. Me preguntó a mí precisamente.

—¿Cómo era esa mujer?

El empleado le dio una buena descripción. Clive Marvin sintió una horrenda punzada en el corazón al reconocer a Doris Latimer.

## CAPITULO XI

Clive Marvin llegó al domicilio de Doris Latimer con mil ideas contradictorias zumbándole en el cerebro. Lo descubierto en el motel Eldorado le tenía completamente anonadado.

Ella no se sorprendió mucho de verle y le invitó a pasar. Luego sí se preocupó, al observar que él mantenía una postura seca, un poco violenta.

—¿Ocurre algo?

Clive Marvin compuso una mueca.

—Me temo que sí.

—Clive, si es por lo que dije ayer... yo...

—No se trata de eso.

—¿Bill? —preguntó con un hilo de voz.

—Sí.

Los dos se encontraban en el *living*, ella sentada en una butaca, él de pie.

—¿Ya tenéis al asesino?

—Todavía no. Pero he hecho algunas averiguaciones más... que no me han gustado nada.

Ella arrugó el ceño.

—¿De qué hablas?

Clive Marvin la miró con fijeza.

—Le he seguido la pista a tu marido. Resulta que tenía contactos secretos con una mujer, precisamente la rubia que se vio huir de aquí. Se reunían en un motel, Eldorado.

Ella no replicó, aguantando la mirada inquisitiva del hombre.

—¿No te dice nada?

Doris continuó en silencio y él la tomó por los hombros, zarandeándola.

—¡Contesta!

—Eso... eso es imposible. ¡Bill no me podía hacer eso! ¡Estás difamando su memoria!

¡Eres un...!

—¡Basta! —la interrumpió, y al mismo tiempo le cruzó el rostro con una mano.

La mujer ni siquiera se quejó. Su mejilla izquierda se coloreó en seguida.

—Clive... —susurró.

El rechinó los dientes, dolido con ella y consigo mismo.

—Estuve allí, hablé con los empleados del motel, uno te recordó... ¡Tú lo sabías todo!

Doris rompió a llorar en cuanto él la soltó, despectivamente. Durante unos instantes no se dijeron nada, ni siquiera se miraron. Luego, cuando el llanto aminoró, él volvió a encararla y le gritó:

—¡Maldita sea! ¿Qué juego te llevas? ¿Sabes lo que puede significar todo esto?

Ella se enjugaba las lágrimas con un pañuelo blanco.

—Ahora estoy en una difícil posición —prosiguió diciendo Clive

Marvin—. Y tú no me has ayudado nada, no has tenido confianza conmigo. Me has mentido, incluso.

—Clive... —alzó el rostro, dando un sonoro sorbetón—, te explicaré...

—Sí, explica. ¡Explica!

Ella hizo un supremo esfuerzo para recobrar la serenidad de ánimos precisa para

afrontar los recuerdos.

—Bill... —comenzó con voz temblorosa—, Bill se alejaba cada vez más de mí. Yo se lo reprochaba y él decía que tenía mucho trabajo, era su justificación. Al principio, le creí, pero luego empecé a pensar en otras cosas. ¡Juro que no quería pensarlo! Pero es algo odioso, algo que te va minando poco a poco, durante las largas horas de soledad. Al final la duda se apodera de uno. Y decidí vigilarle. Sí, vigilarle. Fue pensado y hecho. Aquella noche le seguí hasta el motel, después de salir del Precinto. Yo sabía que iba a venir tarde porque me había telefoneado, avisándome. Le vi meterse directamente en aquella cabaña. Y pregunté a uno de los empleados. Así supe que allí se alojaba una mujer: Susan Lansing. ¡Pero no la llegué a ver! ¡No quise esperar! ¡Por tanto no sabía que era esa rubia sospechosa!

—Pero sí sabías que había otra mujer en la vida de tu marido, sí sabías el lugar en que se reunían..., todo eso lo debías haber dicho.

Ella le miró con una lágrima cayéndole por cada mejilla.

—Tú no lo puedes comprender, Clive. Es muy, muy difícil contar todo eso.

El desvió la mirada y preguntó:

—¿Qué hiciste a partir de entonces?

—Vivir atormentada.

—¿No le dijiste nada?

—No. No quería ser yo quien empezara la discusión, le quería dar unos días a ver si él se decidía a confesármelo... Pero antes le llegó la muerte. Ten en cuenta que eso sucedió dos días antes de morir. La noche siguiente fuimos juntos a la fiesta de aniversario de los Tracy, y a la otra...

—¿No pasó nada más entre vosotros?

—No.

—¿Estás segura?

—¡Clive! ¡No me mires así! ¿Acaso piensas...?

—No pienso nada —dijo con voz neutra, dándole la espalda.

Ella se acercó a él, tocándole tímidamente.

—De todas formas..., de todas formas, esto no resuelve el caso, no aclara gran cosa...

El permaneció callado. Y el silencio hizo daño a la mujer, que apretó con sus manos los brazos de él.

—Clive. no puedes imaginar lo que he sufrido en esos días, desde que lo descubrí. He pensado tantas cosas. Me volvía loca a veces. ¿Por qué te crees que tenía esa foto en el libro? —inclinó la cabeza sobre la ancha espalda del hombre y agregó con un susurro—: Me equivoqué, Clive.

## CAPITULO XII

Susan Lansing estaba verdaderamente asustada y abatida, sobre todo después de la última noche pasada a la intemperie, pensando sobre muchas cosas, creyendo ver un enemigo en cada sombra.

Se encontraba entre dos fuegos y sin un centavo, sin poder recurrir a nadie. Ya no se atrevía, después de lo sucedido en casa de Ada Colter, a quien había recurrido en nombre de la amistad que las unía, pero que se había comportado suciamente, enviándole primeramente a un extraño sujeto que supuso sería amigo de Lew Carpenter y luego a un policía.

Entre dos fuegos, sí. Y por tanto lo mejor sería abandonar cuanto antes la ciudad. Ella era una mujer requerida por . la policía y sin la ayuda de Bill Latimer. nadie iba a creerla.

Iría directamente a prisión, y eso le horrorizaba. Desde el día que huyó de casa de sus padres —su primera y única prisión hasta el momento— se juró que siempre sería libre.

Pero para huir de la ciudad, le hacía falta dinero. ¿Cómo conseguirlo? Robándolo. No iba a ser ningún problema. Ya lo había hecho en otras

ocasiones. Después iría a la Estación de Autobuses y se largaría definitivamente de la ciudad. Adiós a Tony Vargas, a Bill Latimer y a Lew Carpenter. Al diablo todos.

Escogió una confitería, tras observar que sólo había una diente y una dependienta, joven, de aspecto insignificante. Entró decidida y se puso a curiosear los escaparates interiores, esperando que la diente se marchara.

—¿Qué desea, señorita? —le preguntó la dependienta cuando la otra ya se iba.

—Quisiera esta caja de bombones —señaló la que había en uno de los escaparates fronteros.

—En seguida —le sonrió la dependienta, saliendo de detrás del mostrador.

Susan le devolvió la sonrisa, para confiarla. Cuando la otra le dio la espalda para abrir el escaparate, Susan cogió rápidamente una de las banquetas que allí había y la golpeó en la cabeza.

La dependienta se vino abajo como un saco de patatas, sin proferir un grito.

Seguidamente, Susan se abalanzó sobre la caja y la vació nerviosamente. No había mucho más de cien dólares, pero era suficiente para largarse de la ciudad. En otro lugar, con mayor tranquilidad, ya estudiaría su situación económica.

Salió de allí corriendo, en el justo momento en que iba a entrar un hombre gordinflón, sonriente, con toda seguridad amigo de los dulces y bombones.

El hombre se fijó en seguida en la muchacha desvanecida y la banqueta volcada. No necesitó más para imaginar lo que había pasado.

Y gritó:

—¡A la ladrona! ¡A la ladrona!

Se organizó un gran escándalo en la calle. Susan Lansing ya corría como una desesperada, escapando del lugar del delito. La gente miraba a uno y otro lado, tratando de comprender. Algunos chillaron, señalando a Susan. Un *policeman* que se encontraba en una esquina

cercana se puso en seguida en movimiento, yendo tras la chica.

Susan Lansing cruzó un semáforo en rojo, sorteando a unos autos y provocando que

otros frenaran con gran peligro de originar un choque en cadena. El agente uniformado no se quedó a la zaga. La diferencia disminuía. El *policeman* hacía uso de vez en cuando de su silbato, para llamar la atención de compañeros de zona.

Llegó un momento en que la joven notó que los pulmones le iban a estallar, la mirada se le nubló un poco y cuando fue a darse cuenta ya era tarde, habla tropezado con el carrito de una señora que portaba a su bebé.

La madre gritó al ver salir despedido el carrito con su hijito. Susan Lansing profirió una obscena maldición y cayó rodando al suelo. Cuando se puso en pie para reanudar la carrera, se encontró con el metro noventa del corpulento agente uniformado.

La chica intentó abrirse paso con sus largas uñas, pero el *policeman* no se anduvo con miramientos. Movié la porra que empuñaba con gran habilidad y todo se acabó para Susan Lansing.

### CAPITULO XIII

—¡Ya está! ¡Ya está! —gritó el sargento George Evans tras colgar el teléfono.

Todos los presentes en la sala de detectives se le quedaron mirando. Uno le preguntó:

—¿Qué ha sido: niño o niña?

—¡No se trata de eso! ¡Tenemos a la chica rubia!

El capitán Tracy se había asomado por la puerta de su despacho.

—¿Es posible?

—Fue detenida tras cometer un robo en una confitería, jefe. He dado orden de que la traigan acá. ¡Es ella! ¡Susan Lansing!

En efecto, media hora después entraba la muchacha en la sala de detectives del Precinto Quince. Iba convenientemente esposada y su mirada expresaba un odio irracional. Dos hombres uniformados la custodiaban.

Fue llevada hasta el despacho del capitán Tracy, donde ya se encontraban aparte el titular, los hombres que se encargaban del asunto Laumer. El sargento Evans, feliz por el hallazgo, aunque el mérito había sido de los compañeros del Precinto Dieciocho, los cuales le habían avisado, pues había sido comunicada a todos los Precintos la orden de búsqueda y captura de Susan Lansing, con todos sus datos. Clive Marvin, quien dolorosamente había dado cuenta de sus investigaciones, sembrando un malestar en sus superiores y compañeros. Y John Brackett, echando pestes de sus cansados pies y de los dueños de establecimientos públicos, todos los cuales permanecían con la boca cerrada.

Susan Lansing tomó asiento, cruzó una pierna sobre la otra y les dirigió una mirada de desprecio.

—Bien, señorita Lansing —dijo el capitán Tracy, tomando la palabra—. Aquí tenemos ya un amplio *dossier* suyo facilitado por la policía de Las Vegas. Al parecer, usted se largó de casa de sus padres después de haber golpeado a su madre y robarla. En Las Vegas participó en una estafa a una sala de juego, y huyó. Todavía se le busca. Su cómplice, un tal Anthony Bascomb, cayó. Aquí, por las noticias que tenemos, se dedicaba a la venta de estupefacientes.

El capitán hizo una estudiada pausa. Ella permaneció impasible, indiferente.

—Esperamos que colabore —siguió diciendo el capitán—. Ya no se trata de robos, ni el de su madre, ni el del casino, ni el de la confitería, sino de algo mucho más serio y grave: el asesinato del teniente Latimer de este Precinto.

Las facciones de la joven se contrajeron.

—Yo no lo maté —dijo suavemente.

—Se la vio huir del lugar del crimen. Tenemos un hombre que...

—¡Yo no lo maté! —elevó su voz—. ¡Jamás he matado a nadie!

—Muy bien —con una mano pidió apaciguamiento el capitán—. Aceptemos eso, de momento. ¿Qué hacía entonces usted allí?

—Fui a verle, a pedirle ayuda. El me había metido en el lío y tenía la obligación de sacarme. ¡Era un cerdo!

El sargento Evans se precipitó sobre ella con ánimo de golpearla, pero

antes actuó el capitán, deteniéndole el brazo alzado.

—Vayamos por partes —dijo el capitán—. Usted conoció al teniente Latimer en el Flamingo. Usted le quiso vender droga, ¿no es así?

—Efectivamente —asintió—. Dijo que me detenía, pero luego se lo pensó mejor y me hizo la oferta.

—¿Qué oferta?

—Si colaboraba con él, no daría parte.

Todos se miraron entre sí, sorprendidos.

—Supongo que no me creerán. No tengo ninguna prueba, nada escrito, sólo él podrá corroborarlo, pero está muerto. Por eso cobré miedo, sobre todo teniendo en cuenta mi pasado, y no vine a ustedes, aparte de que he sido descubierta y los otros quieren mi pellejo. ¡Deseaba salir de la ciudad! Fui a ver a Ada y ella me convenció de que en su casa estaba a salvo, y luego resultó que la muy cerda... En fin —se encogió de hombros—, ya~me tienen atrapada.

—¡Nos está tomando el pelo! —gritó Evans—. ¡Es una zorra de cuidado!

—Primero oigamos su versión —terció Clive Marvin, serenando los ánimos—. ¿En qué debía colaborar?

—Según me contó, andaba una pandilla que se dedicaba a cobrar «protección». Yo debía infiltrarme y descubrir a sus gerifaltes. Por supuesto, acepté. Aparte la venta de droga, si él me traía aquí y se descubría mi historial, se me había caído el pelo.

—¿Y qué consiguió? —preguntó el capitán.

—La verdad es que me costó lo suyo, pero finalmente logré contactar con un tipo llamado Lew Carpenter. Es un joven de buena planta, muy fanfarrón y violento. Gracias a mis curvas, se fue un poco de la lengua y me comentó que un amigo suyo se dedicaba a recaudador de impuestos, en broma, riendo. Pensé que había doble intención. Latimer creyó conveniente que lo «trabajara», y alquilamos una cabaña en un motel, Eldorado, y allí pasé unos días con Lew tratando de sonsacarle, pero apenas conseguí algo. Debí cometer algún error porque de pronto el tipo apareció con otros dos y dijeron que iban a darme lo mío por traidora. Logré escapar, espantada. Como no iba a poderme ver ya con Latimer en el motel, como en las dos últimas

ocasiones, cuando no estaba Lew, y quería contactar urgentemente con él, no se me ocurrió otra cosa que acudir a su casa. El Precinto lo consideré demasiado peligroso para mí. Y esperé a que apareciera.

—¿Qué pasó? —no le dio tregua el capitán Tracy.

—Cuando me acerqué a él, sonaron los disparos. Yo eché a correr asustada. Supuse que eran ellos, que estábamos descubiertos. Era tanto mi miedo que ni siquiera vi al borracho aquel hasta que lo pisoteé. Y me decidí por Ada. Eso es todo. O me creen, o no me creen.

Reinó un silencio impresionante durante el cual todos se consultaron con la mirada.

John Brackett se humedeció los labios con la punta de la lengua y preguntó:

—¿No vio a la persona que disparó? ¿Tal vez algún detalle?

—No. Sólo me preocupé de escapar de allí.

El sargento Evans se encaró a su superior:

—¿Qué hacemos, capitán? Podemos interrogarla... «más a fondo».

—No, por ahora. Que la encierren. Vamos a ocuparnos de ese tal Carpenter.

Organizaremos un plan de ataque para mañana.

#### CAPITULO XIV

A Lew Carpenter no se le conocía un oficio fijo. Vivía, según él, de trabajos eventuales.

Ocupaba un pequeño apartamento en el barrio Donhan, y por las mañanas no se levantaba hasta las doce del mediodía, sobre todo cuando la noche anterior la había pasado de discoteca en bar y viceversa. Entonces, a esa hora, desayunaba y almorzaba a la vez.

A las doce y media salió a la calle y escupió al cielo, tal vez porque el día, grisáceo y algo frío, no le gustaba. Era un sujeto joven, de unos veintiocho años a lo sumo, alto y moreno, de largos cabellos negros, tal como lo había descrito el empleado del motel Eldorado.

Vestía una sucia camiseta que anunciaba a un equipo de béisbol y unos tejanos desgastados, embutidos en unas botas de media caña.

Echó a andar por Felman Street hacia Milton Square con paso rápido y mirada indiferente. Detrás de él, como una sombra fiel, fue Clive Marvin, acompañado de un periódico que llevaba en las manos.

Todo se había organizado perfectamente, bajo la batuta del capitán Tracy, el cual supervisaba el trabajo desde un auto. Otro coche seguía de cerca la operación con varios hombres dispuestos a turnarse en el seguimiento de los implicados posibles.

Bien por radioteléfono, bien por *walkie talkie*, se mantenían en contacto. Era preciso descubrir a los amigos de Lew Carpenter, y a su vez vigilarlos. Eso era mejor que coger a Lew Carpenter y obligarle a hablar, el tipo podía ponerse duro y cerrarse en banda; realmente no había nada contra él, nada al menos con lo que apretarle las tuercas. Por tanto, el trabajo, además de ser pesado, podía durar horas y días.

Antes de llegar a la plaza. Lew Carpenter se detuvo y bajó por unas escalerillas a unos billares. Clive Marvin se quedó a la expectativa. leyendo el periódico, y John Brackett entró rápidamente en acción.

El local no estaba muy concurrido. Se jugaba y bebía sin mucho alboroto. Lew Carpenter charlaba con un tipo grandote, joven como él, con una melena afro adornando su cabeza. Los dos reían. El grandote sacó un par de chicles del bolsillo y le ofreció al otro.

Una mesa de billar se desocupó y los dos, masticando la goma, jugaron una partida.

Poco después, Lew Carpenter se marchaba de allí y John Brackett permanecía vigilando al grandote.

Lew Carpenter, seguido de cerca por Clive Marvin, llegó hasta una distribuidora de libros y revistas. Durante toda la tarde estuvo trabajando allí, cargando y descargando paquetes. Cobró un tanto y se fue a un bar. Allí se reunió con un tipo alto y desgarrado, de facciones angulosas, pelo castaño, que por sus trazas era ¡negable su origen chicano.

Estuvieron deglutiendo unas hamburguesas con cerveza, fumaron un cigarrillo y luego se marcharon juntos a una discoteca, ahora bajo la mirada del sargento Evans, quien había relevado a Marvin.

En la discoteca Pigmalion estuvieron bailando solos hasta que apareció una chica bajita y morena, entradita en carnes, que besuqueó a los dos y más tarde se marchó en compañía del chicano. Detrás, fue Evans.

Lew Carpenter continuó allí moviendo el cuerpo hasta que quedó exhausto. Ligó con una rubia de buen ver y se fueron juntos cuando cerraron. Clive Marvin les siguió hasta el

apartamento de él. Allí, otro detective de la Brigada, un tal Jimmy Simpson, pelirrojo y chato, se quedó vigilando toda la noche, fumando cigarrillos y tarareando canciones para no dormirse.

Por la mañana, el capitán Tracy recibió varios informes en su despacho.

—Lew Carpenter sigue encerrado con la rubia en su apartamento.

—Ese grandote es un tal Joe Jones que vive de lo que cobra como vigilante nocturno en una industria de las afueras de la ciudad. No tiene antecedentes. Su hobby es el billar. Se gana un dinerillo extra en las partidas que celebra.

—El tipo de aspecto chicano es en realidad un portorriqueño llamado Luis Armero. No tiene oficio conocido. Fue despedido hace unos meses de una fábrica de marroquinería.

Se pegó con el jefe de personal. Se le define como violento. Tampoco tiene antecedentes.

—¡Ese puede ser nuestro hombre! —exclamó el sargento Evans, que estaba presente.

Las miras de los detectives de la Brigada del Precinto 15 se volcaron principalmente sobre Luis Armero. Había pasado la noche con la morena, una peruana que daba clases de español en un colegio.

Cuando salió a la calle, a las once de la mañana, John Brackett estaba apostado frente a su portal. Le siguió calle arriba, hasta una agencia de viajes. Allí se detuvo el tal Armero, sólo el tiempo que tardó en aparecer un sujeto corpulento y rematadamente feo, el cual le dio un golpe en la espalda y los dos continuaron camino hacia Guardian Place. Antes de llegar, tomaron a su derecha una calle estrecha y corta, colándose en un ultramarinos.

John Brackett se quedó atrás, por considerar peligroso seguir tras ellos, y rápidamente un nuevo detective, Clem Elton, un veterano de la Brigada, llegó hasta el ultramarinos, justo a tiempo de observar cómo el dependiente, con rostro grave, les entregaba una bolsa de papel con manzanas. Los dos salieron comiendo fruta, muy sonrientes.

Clem Elton continuó tras sus pasos y fue testigo de cómo el corpulento sacaba un sobre de la bolsa y se lo guardaba en un bolsillo del chaquetón. Al pasar junto a una papelería, Luis Armero dejó allí el resto de las manzanas.

Tomaron la Washington Street, charlando animadamente entre ellos, y cerca del cruce con la 8th Street, se detuvieron ante una tienda de artículos deportivos. Cuando observaron que ya no había clientela, pasaron al interior. El corpulento se quedó en la puerta y le dio la vuelta al letrero.

«CLOSED».

Ahora fue Clive Marvin quien se acercó al escaparate, como si estuviera muy interesado por las raquetas de tenis. Pudo observar cómo Luis Armero discutía con un hombre rechoncho, mientras el otro le daba unas cuantas patadas a diversos artículos. Clive Marvin no intervino para nada, pues todos tenían orden de ser testigos únicamente y no cortar las andanzas de Armero y compañía, siempre que no se propasaran demasiado, para ver si así lograban dar con el origen. Era de suponer que no trabajaban independientemente.

Por fin, el rechoncho se avino a las condiciones, lo que supuso un alivio para el detective, y abrió la caja registradora y abonó la cantidad que le pedían.

Los dos «cobradores» salieron de la tienda y entonces entró en escena el sargento Evans. Caminaron hasta el High Park, donde se sentaron en un banco, viendo pasar a la gente entre comentarios.

De pronto, apareció un nuevo personaje. Este era conocido del sargento Evans,

precisamente. Se trataba de Frank Gordon, uno de los empleados de Edward Malone, el dueño del gimnasio. El tal Gordon se dio una vuelta por allí. El compañero de Luis Armero dejó caer un sobre bajo el banco, luego se levantaron los dos y se marcharon.

—Jefe —dijo el sargento por el *walkie-talkie*—, que no se escapen esos dos tipos. Yo me encargo del otro, junto con Marvin.

El capitán Tracy dio orden a Brackett y Elton para que salieran al paso de Armero y compañía y les detuvieran.

Entretanto, Frank Gordon se había aproximado al banco, dejando caer su llavero. Se agachó para recogerlo y de paso tomó el sobre que

habían dejado bajo el banco.

El sargento le hizo una seña a Marvin, quien había asomado su cabeza por encima de un seto. Cada uno apareció por un lado, cortándole el camino a Frank Gordon.

Este, al ver al sargento, levantó instintivamente las manos, sin darse cuenta que todavía llevaba en una de ellas el sobre con el dinero de la «protección».

## CAPITULO XV

Edward Malone había perdido su chaqueta, su corbata y todo su aplomo. Sudaba a chorros.

—Empecemos de nuevo, maldito buitre —masculló el sargento Evans, que era quien llevaba el interrogatorio.

—¡Ya le he dicho que no sé nada!

George Evans le dio un mandoble para que volviera a su sitio y no se excitara.

—También eso me dijiste allá en el gimnasio y mira lo que ha resultado.

—¡Ahora digo la verdad!

—Inténtalo de nuevo.

Edward Malone se pasó un pañuelo por el rostro. Tomó aire y dijo:

—Es cierto que tuve la idea de cobrar «protección» a algunos establecimientos del distrito. Frank Gordon era quien lo coordinaba todo. Andrew Jackson, Jim Tomlin. Luis Armero y Ben Lowell eran quienes se encargaban de los cobros... y también de convencer a la gente. Así de sencillo. Sólo era cuestión de que los «clientes» estuvieran asustados y no abrieran la boca.

—Perfecto. Vayamos con la chica.

—Esa chica enganchó a ese tal Lew Carpenter y al parecer éste perdió la chaveta por ella. Yo sólo le conozco de haberle visto en un par de ocasiones con Luis Armero, buen amigo suyo. Luis Armero, por supuesto, les vio juntos y reconoció a la tal Susan como chica de Tony Vargas, un compatriota. Se lo comentó a Tony, creyendo que éste la habría abandonado, y entonces supo que ella colaboraba con la policía

y que se la tenía jurada.

Luis le prometió que nosotros nos encargaríamos de ella. Se lo contó a Lew y fueron a escarmentarla, pero ella huyó.

—Perfecto. ¿Qué pasó después?

—Los muchachos estuvieron buscándola, pero no la encontraron por ningún lado.

Finalmente Ben Lowell dio con su rastro en...

—¡Alto! —dio un puñetazo en la mesa el sargento—. ¡Otra vez te saltas lo más importante! ¡La muerte del teniente Latimer! ¿Qué sucedió con él?

Edward Malone se removió inquieto.

—¡Juro que no sé nada de eso!

—¿Acaso uno de tus hombres no siguió a la chica hasta su encuentro con Latimer y entonces los tiroteó?

—¡No!

—Había que cerrarles la boca a los dos.

—¡No! ¡Eso es falso! No supimos nada de ella hasta que Ben Lowell halló su rastro en el Flamingo, gracias a las averiguaciones iniciales de Luis Armero, quien ya le había facilitado la dirección de la chica..., y Lowell fracasó. ¡No hay más! ¡La siguiente noticia que he tenido de la chica ha sido al llegar aquí!

—¡Mierda! —escupió el sargento.

—¡Es la verdad!

George Evans le atizó de nuevo.

—¡Atiende bien, hijo de perra! ¡Esta es tu última oportunidad! ¡Empieza de nuevo!

## CAPITULO XVI

El sargento Evans soltó un bufido, aflojándose el nudo de la corbata.

—Esto ha entrado en punto muerto, muchachos —le dijo a los

detectives Marvin y Brackett—. No les podemos meter más mano ni a Susan Lansing ni a Edward Malone.

—Entonces —argumentó John Brackett—, ¿quién y por qué mató a Latimer?

—Hay que buscar nuevas ideas.

—¡Ja! ¿Cuáles?

El sargento Evans miró duramente a Marvin, que era quien se había reído.

—Doris Latimer —le dijo de sopetón.

—¿Qué dice? —saltó Clive, borrando la sonrisa de su rostro.

—Síntese, Marvin. He estado pensando en el asunto, el jefe y yo le hemos dado muchas vueltas. Tengo una idea. Doris Latimer pudo hacerlo.

—¡No sabe lo que dice!

—No se vio al asesino, cosa extraña. Muy bien ella lo pudo matar. Vive en un primer piso, y Susan Lansing ni siquiera recuerda de dónde partieron los disparos. Por otro lado, tiene un motivo muy claro: los celos. Ella le vigilaba, le vio con la chica en el motel, creyó que le engañaba... Así se lo confesó a usted, ¿no?

Clive Marvin hizo rechinar los dientes. El mismo había preparado el camino.

—¡Está loco! —barbotó.

Los ojos del sargento despidieron chispas de rabia.

—¡Marvin! —ladró—. ¡Queda fuera del caso! ¡Márchese! ¡El sargento Parkinson le asignará otro trabajo!

Clive Marvin no rechistó ya más. Se puso en pie y salió lentamente del cubículo de cristal.

John Brackett permaneció silencioso, moviendo nerviosamente sus pulgares, con las manos entrelazadas.

—¡Brackett! ¡En marcha!

Poco después, el sargento y el detective llegaban a casa de la viuda. Doris Latimer les recibió con amabilidad, acomodándolos en el *living*.

—¿Quieren tomar algo? —les ofreció el mueble bar.

—No, gracias —contestó secamente el sargento—. Estamos de servicio.

—¿Hay... alguna novedad?

—Verá, señora Latimer... —el sargento se pasó una mano por la barbilla—. Hemos venido a hacerle unas cuantas preguntas relacionadas con el caso.

—Bueno, ustedes dirán...

—Usted vigilaba a su marido porque pensaba que le engañaba, ¿es cierto?

La mujer arqueó una ceja, sorprendida por la pregunta. El sargento insistió:

—¿Es cierto?

—Ssssí...

—Y le vio con otra mujer en el motel Eldorado.

—Sssí...

—Y creyó que la engañaba.

—Ssssí...

El sargento hizo una estudiada pausa y luego volvió a la carga:

—¿Qué pensó hacer?

Doris Latimer se levantó de un salto del asiento, exclamando ofendida:

—¡No entiendo a qué viene todo esto!

—¡Conteste! —alzó la voz por vez primera Evans.

—No pensé... nada.

—Miente.

—¡Sargento!

—¿Qué hacía la noche del crimen?

—Leía un libro.

—¿No se asomó al balcón... por ejemplo para ver si llegaba su marido?

—No.

—Y vio salir a su marido del coche...

—¡Le he dicho que no!

—Y vio a la mujer que se le acercaba.

—¡No! ¡No! —se llevó las manos a la cabeza.

—Usted tenía un revólver a mano, tal vez en esa cómoda.

Lo tomó instintivamente y se puso a disparar. Una, dos, tres veces... hasta que se dio cuenta de lo que había hecho y decidió actuar serenamente, ocultando su crimen.

Ella ya no le hacía caso. Se había tumbado sobre el sofá, llorando desconsoladamente.

John Brackett, algo impresionado, se había puesto en pie ante el sargento.

—Ya basta —dijo.

Evans asintió, mirando como un león enjaulado hacia todos lados.

—Ella es culpable —dijo, convencido—. Vamos a registrar la casa.

—¿Lleva una orden?

—Sí.

Los dos policías iniciaron el registro sin que la mujer se percatara de ello. Estaba encogida como un ovillo sobre el sofá, sola con el horror de la acusación.

Fue John Brackett quien en el dormitorio, en un viejo bolso guardado en el armario, encontró un revólver del calibre 38. Cuando el sargento

Evans lo vio, los ojos se le salieron de las órbitas.

—¡Esta va a ser la prueba definitiva! —exclamó, jubiloso—. Si es el arma homicida, el caso estará resuelto.

## CAPITULO XVII

Clive Marvin se encontraba sentado en una sencilla silla junto a una mesa. Frente a él había otra silla. El resto de la habitación estaba vacío.

La puerta se encontraba entreabierta. A través de ella le llegaron unos pasos que se aproximaban.

Por fin apareció Latimer con su uniforme de reclusa, y detrás de ella una agente femenina que se quedó en la puerta, inmóvil e inmutable. Doris Latimer avanzó y tomó asiento, frente al hombre.

—Hola, Clive.

—Doris... —musitó él, alargando una mano para posarla encima de una de ella—, ¿cómo estás?

Ella se encogió de hombros.

—Siento todo esto. Soy un poco culpable.

—Sólo cumpliste con tu deber.

—Sí —suspiró amargamente—. Es inconcebible.

—A mí también me parece una pesadilla. Todo se ha confabulado contra mí.

Balística había dado un informe positivo: aquel revólver era el arma que se había utilizado contra el teniente Bill Latimer. Y el capitán Tracy había dado la orden de detención.

Ella le miró fijamente.

—¡No lo maté, Clive, créeme!

—Te creo.

—Alguien me ha comprometido.

—¿Quién?

Doris compuso una mueca.

—¡Ojalá lo supiera! ¡Pudo ser cualquiera! ¡He tenido tantas visitas estos días para darme el pésame! Incluso un intruso mientras yo estaba fuera, haciendo la compra. ¡Alguien tuvo que colocar el arma ahí!

—Sí —asintió Clive Marvin, agregando gravemente—, pero eso implica que ese alguien sabía que las sospechas iban a recaer sobre ti.

Ella agrandó los ojos.

—¿Sabes lo que estás diciendo?

—Sí. Le he estado dando vueltas y más vueltas. Me preocupa mucho.

—¿Qué piensas hacer?

—Voy a ayudarte —dijo decididamente.

—Pero eso puede enemistarte con tus superiores, con tus compañeros...

—Me es igual. Creo que están equivocados y que aquí sucede algo raro. ¡Lo voy a averiguar, cueste lo que cueste, caiga quien caiga!

—Clive —ella le acarició la mano—, lleva cuidado. Puede resultar peligroso.

—Lo sé.

El hombre hizo una pausa para mirarla con detenimiento. La encontró sin luz en los ojos, abatida. La pregunta que le quería hacer, le costaba brotar de la garganta.

—Doris...

—¿Qué?

El se humedeció los labios con la lengua, vacilante.

—Doris... ¿ya no me ocultas nada?

Ella contestó al instante, sin duda alguna:

—No.

—Supongo que habrás cambiado de opinión...

—¿Sobre Bill? ¿Porque realmente no me engañaba?

—Sí.

—No. Sigo pensando que me equivoqué. Bill nunca me amó. Es duro hablar de esto, ahora que ha muerto, en estas extrañas circunstancias. Pero durante ese breve espacio de tiempo en el que me acosó la duda, tuve ocasión de pensar mucho. El sólo amaba su trabajo. Yo era una... una simple compañera femenina para rellenar los ratos de ocio y cumplir con los compromisos sociales —compuso una triste sonrisa—. A veces, únicamente el reposo del guerrero..., como en las viejas historias de caballerías.

Se mordió el labio inferior, aguantando el llanto. Finalmente, viendo que el era imposible, se puso en pie bruscamente y se alejó sin decir ya nada más.

Clive Marvin continuó sentado en la silla. Tenía otra cita allí. Ahora con Susan Lansing.

## CAPITULO XVIII

El capitán Donald Tracy se limpió los labios con la servilleta, dando por terminado el postre. Contempló, feliz, a su familia, a su mujer y a sus dos hijos. La sirvienta recogió los platos y procedió rápidamente a servir el café. De todas formas, el hijo menor, el varón, Don, se puso en pie.

—Tengo que irme ya —consultó su reloj de pulsera— o llegaré tarde. Por cierto, papá, el día quince del próximo mes es la fiesta de mi graduación. Espero que ningún delincuente me impida verte allí.

El capitán sonrió.

—Seguro que no, hijo.

—¡Adiós, familia! —se fue corriendo.

Marjorie, la mayor, de veinticuatro años, maestra de escuela, carraspeó.

—¿Ocurre algo, pequeña? —preguntó su padre con el olfato del viejo sabueso que era.

—Bueno, se trata de... —miró a su madre y ésta la reconfortó con una

palmada—.

Johnny y yo hemos decidido casarnos este verano.

—¡Vaya, hoy es el día de las sorpresas!

—Pasas tanto tiempo fuera de casa —recriminó cariñosamente su esposa Helen— que hay que aprovechar estos momentos, cuando tu trabajo disminuye y te dedicas más a nosotros...

—Sí. El caso Latimer me ha traído de cabeza últimamente... Oye, pequeña, ¿y por qué Johnny no viene a pedir tu mano?

—¡Oh, papá, esas cosas ya están pasadas! ¿Qué dices?

—Supongo que también debe estar pasada de moda la opinión del padre. Si habéis decidido eso... ¡pues bien! —se encogió de hombros.

—¡Sabía que darías tu consentimiento! —se puso en pie y le dio un beso en la frente—.

¡Me marcho a la biblioteca! ¡He de preparar un trabajo literario!

El matrimonio se quedó solo, saboreando el café en silencio. Después, el capitán Tracy tomó la mano de su mujer y comentó:

—Los hijos se han hecho mayores y pronto nos dejarán...

—Bueno, no es del todo malo —sonrió ella—. Tendremos más tiempo para nosotros. Nos lo hemos ganado durante estos veinticinco años, ¿no?

\* \* \*

El sargento Evans entró en la habitación donde se encontraba su esposa llevando un ramo de flores. Era más feliz que un niño con zapatos nuevos.

—¡Querida!

Rebecca Evans yacía sobre la cama, teniendo a su lado el niño recién nacido, el cual se puso a llorar con la presencia del padre.

—Anda, chiquitín, pero si es papá —le dijo ella, mimosa.

George Evans dejó el ramo de flores sobre una silla y luego se inclinó sobre la cama para

besar a los dos, madre e hijo.

—Enhorabuena, querida —le dijo, quedándose mirando al llorón—. Tiene buenos pulmones, ¿eh?

Los dos rieron, felices.

—¿Terminaste tu trabajo?

—Oh, sí. Ya está olvidado. Ahora a esperar el ascenso —le pasó un brazo cariñosamente, y ambos se quedaron mirando tiernamente al primer hijo fruto de su matrimonio.

\* \* \*

Ethel Talbot era una mujer insaciable en la cama.

—Nena, ¿no vas a dejar que me recupere? —protestó John Brackett.

—Te quiero, te quiero... —le susurró, dándole mordisquitos por todo el musculoso cuerpo—. Ahora estás libre y hay que aprovecharse.

—Eres una bribona.

—Me gusta disfrutar de la vida, ya lo sabes. Cualquier día... —se estremeció—. Ahí tienes lo de mi marido o lo de Latimer, incluso lo de la misma Doris. Todo se acaba.

—¿Llegaste a visitarla?

—Sí. Pobrecilla...

## CAPITULO XIX

Susan Lansing apareció muy abatida. Todo lo que había temido desde ñifla, la falta de libertad, la prisión, había llegado. El tiempo transcurrido en régimen carcelario había acabado por minar su vitalidad.

Tomó asiento pesadamente y miró a Clive Marvin con cierto desprecio.

—¿Qué ocurre ahora? —preguntó como si estuviera muy cansada, apoyando codos sobre la mesa y la cabeza en las manos.

Clive Marvin la tuteó:

—Me preocupan algunos detalles referentes a tu caso.

—Ya lo he dicho todo.

—Sí. pero quisiera pormenorizar.

—¿Por qué no me deja en paz?

—Una persona inocente está acusada de asesinato.

Susan Lansing levantó la cabeza y le sonrió con desgana.

—¿Acaso creía usted en la justicia?

—No estoy ahora para sarcasmos, Susan. Deseo que me hables un poco sobre tus relaciones con Tony Vargas.

—¿Por qué?

—Te lo explicaré luego. Ahora cuéntame cómo le conociste, cómo te llevabas con él...

—Le conocí al poco de llegar de Las Vegas, en un bar, yo estaba prácticamente sin un centavo y muerta de hambre, él me invitó a su casa... y bueno, ya se lo puede imaginar: entré a formar parte de su clan. Tony no me consideraba una prostituta vulgar, así que me guardaba para las grandes ocasiones, esas fiestas que preparaba para altos ejecutivos, peces gordos, todo eso..., y también me dedicaba a la venta de droga, en los ratos libres. Tenía buen gancho para conseguir clientela...

—Pero ¿te llevabas bien con él?

—Sí. Todo el que no le lleva la contraria, se entiende con Tony.

—Pues aquí empieza lo extraño, Susan. ¿Sabes que fue él quien te denunció al gang de protección?

Susan Lansing recobró algo de su vitalidad, respingando.

—¿El? ¡Imposible! ¡Pero sí...!

—Si ¿qué?

Lo dijo con un hilo de voz:

—Pero sí debería estar en prisión.

Ahora fue Clive Marvin quien se sorprendió. Alargó el cuello y preguntó:

—¿Cómo es eso?

—Fui yo quien le traicionó, quien le vendió...

—Explícate mejor.

—Le delaté a Latimer. Cuando me detuvo, yo estaba muy asustada. Pensé que si le contaba todo lo que sabía del clan Vargas podría conseguir clemencia...

—Ajá.

—Y Latimer dijo que se encargaría de él, que le detendría por contrabandista y

traficante. ¿Cómo es posible que ande suelto y me haya vendido a esos? Yo creía que había cometido algún error con Lew Carpenter...

Clive Marvin le contó cómo había sido descubierta.

—Y Tony Vargas sigue libre —finalizó—. Me dijeron que estaba fuera, de negocios, por eso no he podido hablar con él.

Susan Lansing tenía los ojos muy abiertos, realmente asombrada por aquel descubrimiento.

—Así que Tony lo sabía... —musitó.

—Exacto. Y eso es lo que me preocupa, muchacha. ¿Cómo sabía Tony Vargas que tú trabajabas para la policía?

—Yo no se lo dije.

—Por supuesto —sonrió Clive Marvin un instante—. Y ahí hay otra cosa más.

Ella achicó los ojos.

—Veo que piensas lo mismo que yo. Y sólo encuentro una respuesta: algo hubo entre ellos, un pacto tal vez.

—¿Latimer... —balbuceó Susan Lansing, apretando fuertemente los puños—, Latimer me vendió a Tony?

## CAPITULO XX

—¡Otra vez usted! —exclamó Ada Colter al verle, alarmándose y poniéndose en guardia.

El Dorian presentaba un gran lleno a aquellas horas de la tarde. El ambiente era casi ensordecedor. La presencia de Clive Marvin no llamó la atención para nada. Era uno más hablando con una de las chicas.

—Busco a Vargas —le dijo—. ¿Ha vuelto?

—Yo no vendo a los amigos.

—Ahí tienes cien —le metió unos billetes por el escote—. No quiero discutir.

Ella sonrió, avariciosa.

—Es el pez gordo. Ese vale más.

—Y además te perdono una visita al Precinto. ¿O prefieres que el interrogatorio sea allí?

Esa amenaza velada la ablandó.

—Ha vuelto, sí. No tardará mucho en venir por aquí para echarle un vistazo a algunos de su panda.

—Muy bien. Compartiremos juntos una mesa y una botella hasta que venga.

—¡Oíga...!

—Tu trabajo es tener contentos a los clientes, ¿no? ¡Anda, no pongas las cosas difíciles!

Ella no rechistó. Se instalaron en una esquina del local desde donde se podía observar perfectamente la puerta, la entrada y salida de clientes.

Clive Marvin llenó las copas y le dio un codazo.

—Bebe y sonríe, cariño.

La chica obedeció de mala gana.

Así, en situación forzada, pasaron veinte minutos, hasta que apareció

Tony Vargas. Era un tipo de mediana estatura, de unos treinta y cinco años, algo gordo y con pinta de ma-carra. Clive Marvin le observó detenidamente, mientras se paseaba por el local, hablando con unos y otros. Tomó una copa en la barra y luego se encaminó hacia la puerta.

Clive Marvin se puso rápidamente en pie, sin despedirse siquiera de Ada Colter, echó a correr tras él. Le alcanzó en la calle, invadida por las primeras sombras de la noche.

—¡Vargas!

El portorriqueño giró sobre sus talones.

—¿Qué hay? —preguntó con su acento característico—. ¿Nos conocemos?

—Apuesto a que conoces esto —le mostró la placa.

—¡Eh, eh, no he hecho nada...! —dijo un paso atrás.

—Susan Lansing no opina lo mismo.

—¡Esa perra...! —masculló, y dio media vuelta para echar a correr.

Clive Marvin se lanzó sobre él en un plongeón perfecto. Los dos rodaron por la calzada, provocando que los autos tuvieran que frenar con fuerte chirrido de neumáticos. Algunos transeúntes se detuvieron para observar la pelea.

Tony Vargas intentó zafarse del policía, pero la corpulencia y fuerza de éste se impusieron al momento. Le cruzó el rostro un par de veces, lanzándolo contra un coche aparcado. Tony Vargas rebotó contra él y Clive Marvin le castigó seguidamente el estómago y el hígado. El portorriqueño boqueó y se vino abajo lentamente vencido.

Clive Marvin tuvo que identificarse para que la gente no interviniera, y luego arrastró a Tony Vargas hasta su coche. El portorriqueño no había perdido del todo el conocimiento, pero se encontraba hecho una piltrafa.

Poco después, Clive Marvin se alejaba de allí, trasladándose hasta el Precinto. Para ese entonces, Tony Vargas, ya se había recuperado algo y pudo caminar por su propio pie.

La sala de detectives se encontraba vacía. Clive Marvin le señaló una silla y el otro se sentó.

—Tú y yo tenemos que hablar extensamente, Vargas.

—Esa chica me odia.

—¿Y Luis Armero también?

El portorriqueño palideció.

—¿Qué quiere decir?

—Ni Armero ni sus amigos pudieron encargarse de ella. Ahora están enchironados y han cantado. Conocemos más o menos la historia.

—¡Buena la ha organizado la tía esa!

—Y además hay un crimen por medio.

—¿Latimer? —se atrevió a preguntar.

—Vaya, lo sabes.

—Unos amigos lo comentaron.

—¿Seguro que tú no...?

—¿Yo? —saltó de la silla—. ¡Yo había hecho un trato con él! ¡Si estuviera vivo, me sacaría de esto! ¡Su muerte me ha perjudicado!

Clive Marvin tomó una silla y se sentó a horcajadas, frente a él.

—Eso es precisamente lo que más me interesa —le apuntó con un dedo—. El trato con Latimer. ¿Qué pasó entre él y tú?

—Es sencillo. Esa perra de Susan me vendió, Latimer vino a detenerme y durante el tira y afloja que tuvimos salió a la palestra Mike Talbot.

—!Mike Talbot!

—Sí, Mike Talbot, aquel compañero de ustedes. Yo era conocido suyo. Le servía de soplón en algunas ocasiones y él hacía la vista gorda con tal de que no me propasara demasiado. Le dije a Latimer que le podía contar algo interesante sobre Talbot a cambio de olvidarme. El aceptó.

Clive Marvin se removió nervioso en el asiento. Presentía que se acercaba de la clave del asunto.

—¿Qué le contaste?

—Bueno, yo hablé con Talbot la noche de su muerte. Para empezar, no estaba borracho ni pensaba en beber ni en morir. Me comentó que al día siguiente era el cumpleaños de su mujer, y me dio a entender que las cosas no les iban muy bien últimamente y que quería contentarla con un buen regalo. Como sabía que yo me dedicaba al contrabando, me preguntó si tenía algo y le ofrecí un broche de diamantes a muy buen precio. Me interesaba estar a bien con él. Luego me enteré de su accidente fatal. Nunca me lo llegué a creer. El hombre que yo traté aquella noche no era un hombre al borde de la borrachera y el suicidio. Además, ¿dónde estaba el broche de diamantes, que no se mencionó para nada?

Clive Marvin no dijo nada de momento, permaneciendo hondamente pensativo.

—Latimer quedó muy interesado —agregó el portorriqueño—, y me dejó en paz.

Clive Marvin le miró fijamente.

—¿Por qué no contaste eso cuando sucedió lo de Talbot?

—¿Yo? ¡No estoy loco! ¡Yo era amigo de Talbot, no de ustedes! ¿Iba a presentarme aquí a declarar que me dedicaba al contrabando y que Talbot me había comprado una pieza? ¡Me hubieran enchironado y acusado de difamar a Talbot, puesto que el broche ese no apareció por ningún lado! ¡Sólo hablé con Latimer porque me tenía atrapado, como ahora me sucede con usted!

—¿Y lo de Susan: te lo dijo Latimer?

—No, pero estaba claro que alguien se lo había dicho a Latimer. Supuse que ella había sido la que me había traicionado cuando desapareció del clan. Luego me comentó que una de mis chicas, precisamente ella, se encontraba liada a un amigo suyo haciendo preguntas indiscretas. Fue fácil sumar dos y dos, ¿no le parece?

—Sí.

—¿Qué va a hacer conmigo?

—¿Qué crees?

Los dos se quedaron desafiando con la mirada. El portorriqueño le espetó:

—¡Cerdo!

Una vez Tony Vargas pasó a las dependencias carcelarias, Clive Marvin se encaminó a los archivos y buscó el *dossier* de Mike Talbot. Lo estuvo leyendo cuidadosamente, punto por punto. En efecto, su muerte se había considerado un accidente por imprudencia y exceso de alcohol. Y desde luego, no se hablaba para nada del broche de diamantes.

Devolvió todos los papeles a su sitio, apagó la luz y salió muy pensativo del Precinto.

Debía hacer otra comprobación antes de empezar a elaborar la teoría.

Se presentó en casa de la viuda Talbot. Esta se hallaba impaciente, esperando la visita de su amante, y se llevó una gran desilusión cuando abrió la puerta y se encontró con la figura de Clive Marvin.

—¡Oh!

—Siento importunarla a estas horas, señora Talbot. No sé si me recuerda... Soy Clive Marvin.

—Ah, ya. Usted era compañero de mi esposo, ¿verdad?

—En efecto.

—Pase, haga el favor.

—Paso, pero sólo hasta el recibidor. Ella le cortó el camino preguntando:

—¿Qué desea?

—Se trata de Mike. Ha surgido algo nuevo en su caso.

—No le entiendo.

—Verá usted... —seguidamente, en breves palabras, se lo explicó. Para Clive Marvin no fue nada difícil observar el creciente nerviosismo que la invadía—. ¿Usted sabe de ese broche de diamantes?

—No, por supuesto que no. El accidente sucedió antes de llegar a casa, recuerde.

—Eso es lo extraño. ¿Cómo es entonces que no lo llevaba encima?

Ella forzó una sonrisa.

—Seguro que es una patraña de ese maleante. Mi marido no se entendía con esa clase de gente. Contar eso es una ofensa a su memoria...

—Lo siento, señora Talbot.

—Buenas noches, señor Marvin.

Era una despedida en toda regla. Clive Marvin la aceptó, adivinando que nada iba a conseguir si insistía. Estrechó la mano de la mujer y se marchó.

Una vez llegó al coche, se quedó en él pensativo, sin darle al encendido. Ahora tenía otra razón o móvil para la muerte de Latimer: el supuesto accidente de Mike Talbot. De ahí podía explicarse por qué el asesino sólo se centró en disparar contra Bill Latimer. Si hubiera sido Doris, debía haber matado a los dos, a su marido y a Susan. Y todo eso no hacía más que convertir el accidente de Mike Talbot en otro asesinato. ¿Por qué? ¿Por un broche de diamantes?

Fue entonces cuando vio llegar a John Brackett.

## CAPITULO XXI

Clive Marvin, tras mucho meditar, descolgó el auricular del teléfono de su apartamento.

Ya había buscado el número en la guía. Lo marcó lentamente pensando que sí, que podía ser. Brackett era el amante secreto de Ethel Talbot, una mujer que siempre tuvo fama de frívola, y entre los dos podían haber planeado la muerte de Mike Talbot, el cual estorbaba a su pasión. Y de rebote se habían quedado con el broche de diamantes.

Así se explicaba algo que ya había empezado a cuajar en su mente desde la entrevista con Doris. Alguien de la Brigada podía estar complicado en el asunto, alguien que sabía cómo se desarrollaban las investigaciones..., alguien que había estado en el apartamento de Doris y que había sido precisamente quien había descubierto el arma asesina.

¡Malditos!

—¿Sí?

—¿Señora Talbot?

—Al aparato.

—Soy otra vez Clive Marvin. Hace un rato estuve en su casa.

La respiración de la mujer se agitó.

—¿Qué ocurre?

—He estado pensando, señora, y creo que sé lo que pasó con el pobre Mike —hizo una pausa y luego agregó de un sopetón, casi brutalmente—: Le mataron.

—¡Está loco! —chilló la mujer, alterada.

—No, señora —dijo Clive Marvin, y justo en ese instante oyó el característico clic producido por otro auricular al ser levantado. El policía seguro de no equivocarse, estaba avezado a esas cosas. El otro estaba escuchando también, así que puso toda la carne en el asador—. Usted tiene un amante. Entre los dos planearon la eliminación de su marido, sólo era una molestia. Y de paso se quedaron con el broche de diamantes...

—¡Tonterías!

—Muy bien. Entonces mañana por la mañana me encargaré de abrir de nuevo el caso y comenzar las investigaciones. ¿Qué le parece?

—¡Haga lo que quiera! ¡No me asusta!

—Yo de usted se lo consultaría a él. Esperaré toda la noche en mi apartamento. Si no aparece uno de ustedes con un buen fajo de billetes, ya sabe...

Clive Martin no esperó la respuesta airada de la mujer. Le colgó.

Seguidamente tomó asiento en una butaca y se dispuso a esperar pacientemente. Para matar el tiempo, primeramente se dedicó a revisar su pistola. Luego, encendió un cigarrillo tras otro.

Tuvo que reconocer que estaba un poco nervioso. Nunca hubiera deseado tener que enfrentarse a un compañero de la Brigada. Y menos a John.

Pero las cosas son así, se encogió de hombros resignadamente.

De pronto, sonó el timbre.

Automáticamente, todos sus músculos se contrajeron. Apretó con fuerza la pistola. Con ella por delante, se puso en pie y caminó hacia la puerta.

Primeramente observó por la mirilla. Lo que vio le hizo fruncir el ceño.

Abrió la puerta preocupadamente.

—¡Capitán Tracy! —exclamó, muy extrañado—. ¿Qué hace usted aquí?

El otro también se quedó un tanto sorprendido por aquellas palabras, pero reaccionó al instante, nada más vio que Clive Marvin bajaba la guardia, confiado.

Inopinadamente, golpeó con el canto de la mano en la muñeca armada del detective.

## CAPITULO XXII

El capitán Tracy ya había sacado su propia pistola. Con un pie cerró la puerta y luego se agachó, sin dejar de vigilar al sorprendido Marvin, para tomar la pistola que había caído al suelo, guardándosela en un bolsillo.

—¡Usted! ¿Cómo es posible?

—¿No lo sabía todo?

—Creí que... En fin, es igual. Sospechaba de alguien de la Brigada. Alguien que pudo conducir a las sospechas de Doris y que colocó el arma.

—En realidad fue Ethel Talbot quien lo hizo. La visitó para darle el pésame. Yo tengo una buena coartada porque no estuve allí para nada. ¡Vamos adentro!

Pasaron al *living*. El capitán le hizo una seña significativa para que tomara asiento. El abrió el balcón y miró hacia abajo.

—¿Espera a alguien?

—A Ethel Talbot. Le dije que acudiera aquí, con su coche. Está tan metida en esto como yo y ha de ayudarme. Le daremos un paseo,

Marvin.

—¿Y si no quisiera?

—Entonces lo sacaremos a rastras —le replicó secamente—. Usted es un tipo listo y preferirá jugar hasta el final, ¿no?

—Seguro.

—Fue demasiado lejos. Si se hubiera dejado llevar por el sargento...

Clive Marvin sonrió amargamente.

—El era su hombre de paja. Lo manejó bien, a su antojo, con el señuelo del ascenso. No soñaba con otra cosa.

—Así es.

—¿Y por qué todo esto, capitán?

—Por una tonta debilidad —soltó un juramento, un insulto contra sí mismo—. Cada vez que lo pienso...

—¿Por el broche de diamantes?

—Eso fue de carambola. La realidad es que aquella maldita noche yo fui a ver a Talbot, una visita de cumplido. El era uno de mis hombres, estaba preocupado por él desde su

«tropiezo». Mike no estaba en casa, pero sí su esposa. No sé si usted sabe qué clase de mujer es ella...

—Algo se habló de ella cuando contrajo matrimonio con Mike. Una mujer con muchas aventuras sobre sus espaldas.

—Bien. Ni aún hoy sé exactamente cómo sucedió. Yo jamás había engañado a mi mujer, me consideraba y considero un hombre honesto, familiar... Pero lo cierto es que aquella maldita noche caí en sus redes tontamente. Y estábamos en lo más íntimo cuando apareció Talbot. Se volvió loco al ver- nos, quise hacerle razonar, me pegó y yo le di más fuerte. Se dio un golpe y se desnucó. De verdad, no quería matarlo. Quería llegar a un acuerdo. Tras lo sucedido, quedé anonadado. Luego, reaccioné. Sabía que el estado de ánimo de Mike no era muy bueno, se encontraba bastante deprimido por lo sucedido con aquella pandilla de gamberros..., así que tomé una botella de whisky y me lo llevé en su coche. Ethel fue detrás con mi auto. Le hice beber como pude y luego le desparramé

whisky por las ropas. Fue entonces cuando le encontré el broche aquel y me lo guardé sin decirle nada a Ethel. Después, empujé el coche y fingí el accidente.

—Y usted mismo se hizo cargo del asunto para darle rápido carpetazo.

—En efecto.

Donald Tracy echó otro vistazo por el balcón. La mujer seguía sin aparecer. No había el menor rastro de su «Pontiac». Compuso un gesto de fastidio e impaciencia.

—Pero de pronto surgió en escena Bill Latimer —dijo el detective, incitándole a seguir relatando la historia.

—Sí —asintió—. No sé cómo se enteró de lo del broche ese... En la fiesta de aniversario que celebré, le hizo unas cuantas preguntas a mi mujer, pues ella lo llevaba puesto, ya que se lo había regalado. Eso me dejó con la mosca tras la oreja. Y comprendí que andaba tras el asunto cuando por la mañana me telefoneó Ethel contándome que la acababa de visitar para preguntarle por un broche del que no sabía nada. Me organizó un gran escándalo, me pidió una parte y se la di para contentarla. Esa misma tarde vigilé a Latimer y le vi revolver los archivos. Le pregunté y se hizo el despistado. Tuve entonces la convicción de que sospechaba de mí y de que debía estar a un paso de comunicar sus averiguaciones a Asuntos Internos. Tuve que matarle antes de que siguiera adelante y fuera mi perdición. Nunca pensé que pudiera hacer cosas así, nunca, Marvin, se lo juro —

se había excitado un poco explicando todo esto y ahora sudaba—. Pero no tengo otro remedio. Por mi honor y por mi familia. Así es este cochino mundo. Vivimos de la apariencia y asesinamos para encubrir la realidad.

Nervioso, se asomó una vez más y sus ojos brillaron al descubrir el coche.

—¡Ya está ahí! ¡Vamos!

Clive Marvin no se movió.

—¡Vamos! —insistió—. ¡No haga tonterías porque dispararé! ¡Recuerde que llevo silenciador!

Clive Marvin asintió, comportándose a partir de ese momento dócilmente. Cada uno jugaba con unas cartas distintas y por el

momento parecía que el mejor juego lo llevaba el capitán. A Tracy le interesaba mantenerlo vivo hasta el lugar de la ejecución para no tener que arrastrarlo, y a él le convenía no cometer ninguna tontería para gozar de más tiempo, pues tiempo igual a oportunidad.

Llegaron abajo y el capitán le empujó hacia el «Pontiac» aparcado junto a la acera. La calle estaba mal iluminada, vacía y silenciosa. De todas formas, se veía claramente recortada la figura, mejor dicho, el busto de la mujer al volante, con su larga melena pelirroja.

Clive Marvin subió al asiento trasero en compañía del capitán.

—Arranca, Ethel —le dijo.

Inesperadamente, la mujer se revolvió y le colocó el cañón de una pistola entre los ojos.

—Se acabó, capitán —dijo con voz dura, viril.

## CAPITULO XXIII

—¡John! —exclamó Clive Marvin, altamente sorprendido, al mismo tiempo que le arrebatava la pistola al no menos asombrado capitán.

—Buenas noches —sonrió John Brackett, quitándose la peluca y aligerándose del abrigo de pieles que se había echado por encima—. Ha sido una buena representación, ¿verdad?

Donald Tracy estaba mudo de asombro, la espalda contra el respaldo del asiento, completamente derrotado.

—¿Cómo tú aquí?

—Escuché por el supletorio cuando tú llamaste a Ethel. Y luego cuando ella telefoneó al capitán. Me fue fácil comprender lo que pasaba, y mucho más cuando le di un par de guantazos y me contó toda la historia —acentuó su sonrisa—. Así que la dejé bien atadita y decidí adoptar su personalidad, haciendo uso de algunas de sus cosas...

Clive Marvin lanzó una carcajada que fue más bien un desahogo de la tensión vivida.

—Gracias, John.

Brackett miró al compungido capitán con una de sus habituales muecas cínicas.

—Puede estar orgulloso de sus detectives, jefe.

## E P I L O G O

El portón se abrió con exasperante lentitud para dar paso a una mujer. Doris Latimer salió llevando consigo un pequeño maletín. Miró la calle, llena de humos y de ruidos, de coches y de gentes apresuradas que iban y venían. A pesar de esto, se sintió más sola que nunca, pero no tenía otro remedio que seguir adelante.

De pronto, de un coche cercano, bajó un hombre que caminó hacia ella.

—Hola.

—Hola.

Los dos se quedaron mirando, los ojos de ella más iluminados.

—¿Me permites? —le tomó el maletín.

—Gracias, Clive.

—Te llevaré a casa.

## F I N